



# Asamblea General

Quincuagésimo sexto período de sesiones

**40<sup>a</sup>** sesión plenaria

Jueves 8 de noviembre de 2001, a las 10.00 horas  
Nueva York

*Documentos Oficiales*

*Presidente:* Sr. Han Seung-soo ..... (República de Corea)

*Se abre la sesión a las 10.05 horas.*

## **Tema 25 del programa** (continuación)

### **Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones**

#### **Informe del Secretario General (A/56/523)**

#### **Proyecto de resolución (A/56/L.3)**

**El Presidente:** (*habla en inglés*): Quisiera informar a los miembros de que en cartas de fecha 8 y 22 de octubre de 2001 dirigidas al Presidente de la Asamblea General, el Representante Permanente de Irlanda ante las Naciones Unidas, en su calidad de Presidente del Grupo de Estados de Europa Occidental y otros Estados para el mes de octubre, solicitó que la Asamblea General escuchara, en sesión plenaria, declaraciones del observador de la Santa Sede y del observador de Suiza durante el debate del tema 25 del programa titulado “Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones”.

Habida cuenta de la importancia que se atribuye a la cuestión que es objeto de debate, se propone que la Asamblea General adopte una decisión con respecto a esas solicitudes.

¿Puedo entender que no hay objeciones a la propuesta de escuchar al observador de la Santa Sede y al observador de Suiza en el debate sobre el tema 25 del programa?

*Así queda acordado.*

**Sr. Belkhadem** (Argelia) (*habla en árabe*): Sr. Presidente: Ante todo, permítame felicitarlo por haber asumido la Presidencia del quincuagésimo sexto período de sesiones de la Asamblea General. Este bien merecido honor da fe de sus cualidades como diplomático y de su compromiso en favor del fortalecimiento de las Naciones Unidas. Representa asimismo un justo reconocimiento del papel positivo desempeñado por su país, cuyo dinamismo económico se complementa con esfuerzos constantes en favor de la paz y de la cooperación internacional.

Quisiera también recordar la importancia que asigna mi país, Argelia, a la reunificación pacífica de Corea, y acoger con beneplácito los alentadores esfuerzos que despliega a este respecto el Gobierno de la República de Corea y el Gobierno de la República Popular Democrática de Corea.

Sr. Presidente: Usted orienta nuestra labor en un momento en que las Naciones Unidas han recuperado su papel natural de protagonista central para hacer frente a los múltiples retos que afronta la humanidad. El hecho de que este año se haya otorgado el Premio Nobel de la Paz a nuestro Secretario General Kofi Annan y a nuestra Organización refleja la contribución inestimable que aportan ellos a la tarea de buscar la paz y la comprensión entre los pueblos, y fortalece también nuestra convicción de que las Naciones Unidas cumplen una función irremplazable como marco para la acción colectiva en favor de la paz, la seguridad y el desarrollo. El hecho de que se haya renovado el mandato

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada e incorporadas en un ejemplar del acta, al Jefe del Servicio de Actas Literales, oficina C-178. Dichas correcciones se publicarán después de finalizar el período de sesiones en un documento separado.



al Sr. Kofi Annan nos garantiza la continuación de la labor de renovación tan necesaria que, de hecho, ha venido realizando desde que asumió la dirección de la Organización.

La proclamación del año 2001 como Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones es sin duda un acontecimiento notable en la historia de la humanidad. Reconociendo como es debido la contribución de todas las civilizaciones a la humanización de las sociedades, esta proclamación demuestra la voluntad común de trabajar conjuntamente para desarrollar y consolidar las bases de un mundo de comprensión, amistad e interacción.

El Presidente Khatami planteó, de manera muy sucinta y lúcida, las directrices para el diálogo entre civilizaciones, diálogo que constituye hoy una prioridad máxima. El aumento del terrorismo y del extremismo ha puesto de relieve la vigencia de esta noción y nos ha incitado a renovar nuestra reflexión sobre las perspectivas del futuro, un futuro que no tendrá sentido a menos que lo concibamos de manera interdependiente y solidaria.

No existe el peligro amarillo. Tampoco el peligro verde. El único peligro que enfrentamos es el de la intolerancia, que ciertamente no es inherente a una religión o civilización particular. El mayor peligro es el del odio y el rechazo del otro.

El diálogo entre civilizaciones fue objeto hace ya un año de una mesa redonda organizada por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Ese evento se llevó a cabo en este edificio, la sede de las Naciones Unidas que simboliza las múltiples batallas comunes que hemos librado y las aspiraciones compartidas por toda la humanidad. La participación del Presidente Bouteflika en esa mesa redonda reflejó también la contribución histórica de Argelia al acercamiento entre los pueblos y su compromiso de proseguir esa noble tarea en el futuro.

Argelia ha estado siempre y sigue estando en la encrucijada de las interacciones culturales en la región del Mediterráneo, incluso en la época en que el lago de paz que estamos tratando de construir hoy era ya una confluencia para el mundo entero.

Desde San Agustín hasta el Emir Abdelkader, los aportes que en el transcurso del tiempo ha hecho Argelia al desarrollo de la espiritualidad, la tolerancia y la cultura universales nos han puesto en mayor sintonía

con los problemas contemporáneos y han aumentado nuestros deseos de trabajar por su resolución y por la promoción de un nuevo tipo de humanismo basado en la diversidad de las civilizaciones y culturas y en la unidad de la humanidad.

Argelia ha sido siempre, y hoy más que nunca desea serlo, tierra de apertura, interacción y comprensión. Está trabajando por que sus propias características individuales estén en armonía con los valores universales.

La historia de la humanidad, que está salpicada no sólo de acontecimientos de gran importancia y grandes obras, sino también de equivocaciones, trastornos y tragedias, ha permitido al ser humano, en toda su diversidad, evolucionar de tal manera que pueda coexistir pacífica y armónicamente con otros en un entorno de pluralismo, apertura y tolerancia.

La generación actual, producto de diversas revoluciones históricas, es más consciente que nunca de la importancia de esta diversidad, lo que también nos ayuda a unos y otros a acercarnos y aprender el uno del otro. Esto se refleja muy elocuentemente en el preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas, en el que se proclamó la determinación de la comunidad internacional de eliminar el flagelo de la guerra, que impuso sufrimientos indecibles y dejó su huella indeleble en toda la humanidad.

La era de los enfrentamientos existió sencillamente porque las fuerzas extremistas pudieron prevalecer en un entorno preñado de sospechas y de exclusión. La reconciliación es la reacción colectiva del ser humano, siempre y cuando se le dé a éste la oportunidad de promover el diálogo, la cooperación y la comprensión mutua. Conocer al otro es ir hacia él, comprenderlo y conocerlo mejor: en una palabra, apreciarse y respetarse mutuamente para compenetrarse más.

Con este fin, tenemos que hablar entre nosotros para conocernos mejor y aprender a respetarnos mutuamente. Tenemos que poder convivir sin herirnos, sencillamente para poder coexistir pacíficamente dentro de los confines de nuestro planeta, que cada vez son más reducidos.

No creemos que existan civilizaciones buenas y malas, que algunas civilizaciones sean superiores a otras o que unas tengan fallas congénitas, mientras que otras puedan ser consideradas predominantes y servir de modelo único. Consideramos, más bien, que las civilizaciones se complementan mutuamente, que se nutren entre sí

y que convergen todas hacia la formación de valores universales compartidos por la humanidad toda.

El Islam, que es una religión de paz y de tolerancia como todas las demás religiones reveladas, ha dado origen a una brillante civilización que abarca una vasta región geográfica en la que viven pueblos de todas las razas, unidos por una fe compartida y comprometidos con el respeto de la fe y el modo de vida de los demás.

Nadie puede poner en duda que asistimos en la actualidad a la difusión cada vez más amplia de una civilización universal que no es más que el resultado de los numerosos aportes y experiencias que han hecho varias civilizaciones humanas desde el comienzo de los tiempos. Si las palabras mundialización e Internet están hoy en boca de todos es porque han sido traducidas a todos los idiomas. No obstante, un idioma en particular, impulsado ante todo por un dinamismo económico, ha alcanzado el dominio de esta civilización universal. Si bien es cierto que las obras más destacadas, e incluso otras de menor importancia, se traducen a menudo a múltiples idiomas a partir de lenguas tales como el chino, el árabe, el hebreo y el farsi, no debe olvidarse que existen decenas de idiomas que están desapareciendo por haber perdido la batalla contra lo universal.

Así pues, el irresistible impulso hacia lo universal ha provocado víctimas, de manera semejante a las que ha dejado a su paso la mundialización. Sin embargo, la riqueza cultural y espiritual de la humanidad proviene de su diversidad. Si bien por lo que atañe al desarrollo económico todos podemos sumarnos a la idea de que la superioridad de las leyes del mercado ha quedado demostrada a lo largo de la historia, la uniformización del pensamiento y la exclusión cultural y religiosa sólo pueden llevar al empobrecimiento del alma y de la mente. En ese contexto, aunque en un mundo occidental saciado de su comodidad material el “fin de la historia” puede haberse considerado una simple controversia académica, en muchas regiones de nuestro planeta es una realidad trágica para los excluidos y los marginados, y por ello debe abordarse con decisión. Tal fue la conclusión atinada del Sr. Federico Mayor, ex Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), cuando afirmó que ningún país es tan grande como para poder prescindir de los otros y ninguno es tan pequeño como para que no pueda aportar nada a los otros.

La UNESCO ha puesto bajo su protección sitios históricos amenazados por los fenómenos naturales y

por la depredación del ser humano, tras haberlos clasificado como patrimonio común de la humanidad; ahora bien, ¿qué debería hacerse con respecto a las culturas amenazadas por la indiferencia y la exclusión? Evidentemente, no todas las culturas y civilizaciones diferentes a la cultura dominante están condenadas a desaparecer. Algunas de ellas están despertando, como si salieran de un aletargamiento. Ese despertar no debería percibirse como una amenaza a la cultura dominante, sino más bien como un nuevo impulso que fortalece la civilización universal, que beneficia a todos y se propaga más allá de las fronteras impuestas por el hombre y que la marcha de la historia tiende a borrar.

Para que una evolución de esa índole se pueda entender y alentar, es necesario que se establezca y se lleve a cabo un genuino diálogo entre civilizaciones. Como afirmó Roger Garaudy hace 25 años, no habrá verdadero diálogo a menos que todos estén convencidos desde el comienzo de que hay algo que aprender de los demás. No habrá un diálogo genuino entre civilizaciones a menos que cada uno esté imbuido de la convicción de que para ser un ser humano íntegro se necesita del otro para completar lo que no se tiene.

La inevitable evocación de los dolorosos y trágicos atentados del 11 de septiembre en nuestros debates nos recuerda que el diálogo entre civilizaciones al que aspiramos no deja de tener consecuencias en la vida cotidiana de millones de seres humanos. Si queremos que el diálogo aproveche las conquistas más nobles del corazón y del espíritu humano y los valores que más ha querido el ser humano desde que la humanidad emprendiera su trayectoria histórica que lo separó de su condición primaria, este diálogo no debe quedar confinado a los coloquios, simposios y seminarios dedicados a especialistas, filósofos y científicos, por más que dichas personalidades ciertamente contribuyan mucho a ese diálogo.

Para que ese diálogo pueda verdaderamente impregnar todas las esferas de la enseñanza, el aprendizaje, la cultura y la vida activas y para que sea un componente esencial de las relaciones humanas, los Gobiernos tienen que asumir sus responsabilidades, las cuales evidentemente se complementan con las de la sociedad civil, las instituciones internacionales, los medios de difusión y las autoridades religiosas. En este sentido, un acontecimiento que acogemos con satisfacción es que muchos grupos, como la Liga de los Estados Árabes, la Organización de la Conferencia Islámica y el Foro Euromediterráneo, que hasta ahora habían

consagrado sus reuniones enteramente a cuestiones políticas y sociales, hayan decidido incluir en sus futuros programas el diálogo entre civilizaciones. Marco para el diálogo y solución de los conflictos por excelencia, las Naciones Unidas desempeñan un papel fundamental en la promoción, el mejoramiento y la profundización de este diálogo, al que todos pueden y deben aportar.

Como patrocinador del proyecto de resolución titulado “Programa Mundial del Diálogo entre Civilizaciones” que se presentó en la Asamblea General, Argelia demuestra su fe en su patrimonio cultural y en la misión cultural universal de ese patrimonio. Argelia está también dispuesto a aportar su contribución, y reitera su disposición de organizar reuniones para promover los nobles ideales que nos reúnen hoy. Para garantizar el futuro de esos ideales se necesitan los aportes y la participación de todos.

**Sr. Shen Guofang** (China) (*habla en chino*): Este año se celebra el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones. Ante todo, quisiera dar las gracias a la República Islámica del Irán por su iniciativa de debatir este tema en las Naciones Unidas. Por su contribución sumamente útil a las deliberaciones sobre este tema, hago llegar también mi agradecimiento al Grupo de Personalidades sobre el diálogo entre civilizaciones, designado por el Secretario General.

En el prolongado proceso de su evolución, la humanidad ha creado diversas civilizaciones que han servido para mejorar de manera notable el progreso de la sociedad humana. Debido a las diferencias entre los contextos históricos, las condiciones geográficas y las tradiciones culturales, las civilizaciones humanas han demostrado una amplia diversidad y disparidad a lo largo de su evolución. A su vez, el intercambio y la fusión de esa diversidad y esa disparidad se han convertido en una tendencia histórica inexorable y una necesidad para el mejoramiento y la continuación de las civilizaciones. Gracias a ese proceso, la sociedad humana ha conseguido progresos y avances constantes.

En la historia de la humanidad, hubo circunstancias en las que una civilización rechazó a otra civilización y trató de imponer a otros un conjunto de valores. Sin embargo, esos intentos terminaron en fracaso porque iban en contra de la tendencia histórica del desarrollo humano. La historia ha demostrado que no es necesario preocuparse por las diferencias o por los conflictos entre las civilizaciones. En lugar de ello, debemos adoptar un enfoque adecuado. No hay civilizacio-

nes superiores o inferiores en este mundo. Por el contrario, son iguales. La coexistencia pacífica y el desarrollo común de las diferentes civilizaciones sólo se podrán lograr si aprenden y se benefician las unas de las otras, sobre la base de la igualdad y el respeto mutuo.

Se están produciendo cambios profundos en la situación internacional actual. Con el avance de la multipolarización de la situación mundial, la mundialización económica y el rápido avance de la tecnología, la humanidad encara oportunidades sin precedentes para el desarrollo y también una serie de cuestiones de alcance mundial, como el deterioro del medio ambiente, el terrorismo, los refugiados, la pobreza y la ampliación de la brecha que separa el Norte del Sur.

En estas circunstancias, para celebrar el diálogo entre civilizaciones y resolver diversas controversias y diferencias por medios pacíficos, los países deberían hacer gala de un criterio y una visión más amplias. Deberíamos dar muestras de buena voluntad para respetar y convivir con diferentes civilizaciones, promover la evolución de los aspectos más destacados de las civilizaciones humanas y hacer frente juntos a los retos de la mundialización económica, con el fin de establecer relaciones de igualdad, beneficio mutuo, confianza mutua y cooperación entre los países y lograr una paz, una estabilidad y una prosperidad duraderas en todos los países.

El ataque terrorista del 11 de septiembre contra los Estados Unidos fue una destrucción salvaje de vidas humanas y una grave amenaza a la paz y la seguridad internacionales. No tiene nada en común con la civilización humana. La lucha que ha iniciado la comunidad internacional contra el terrorismo no es un conflicto entre diferentes razas, religiones o culturas, sino más bien una lucha entre la justicia y el mal, entre la civilización y la barbarie. Todos los países deberían asumir la responsabilidad que les incumbe en la tarea de luchar contra el terrorismo, cualquiera sea su manifestación.

Las Naciones Unidas, como única Organización internacional de alcance universal, representa la diversidad de las civilizaciones del mundo y es un foro para todas las civilizaciones. Desempeña un papel irremplazable en la promoción del diálogo entre civilizaciones. En este contexto, quiero formular algunas observaciones.

Primero, en el ámbito político, las Naciones Unidas deberían dirigir el diálogo entre civilizaciones, a fin de eliminar el impacto negativo que tuvo la mentalidad de la guerra fría en las relaciones internacionales, promover el principio de la democracia y de la igualdad en

las relaciones internacionales e impulsar el establecimiento de un nuevo orden político internacional justo y equitativo.

Segundo, en el ámbito económico, las Naciones Unidas deberían dirigir el diálogo entre civilizaciones con el fin de obtener un conocimiento pleno acerca de las dificultades y los problemas que afrontan los países, en especial los países en desarrollo, en el proceso de mundialización económica; elaborar una estrategia eficaz de cooperación económica mundial, de conformidad con las condiciones históricas y la realidad socioeconómica de los diferentes países y regiones, y permitir que las personas de diferentes civilizaciones aprovechen la mundialización, creando una situación de la que todos se beneficien.

Tercero, en el ámbito sociocultural, las Naciones Unidas deberían aumentar la conciencia de la comunidad internacional en lo relativo al respeto y la promoción de la diversidad de las civilizaciones; mejorar la protección de las reliquias culturales; utilizar métodos modernos para difundir y promover aspectos avanzados y progresistas de la civilización humana, y alentar a las personas de todos los países, en especial a los jóvenes, a realizar intercambios culturales de todo tipo a fin de crear una perspectiva más amplia para el desarrollo de civilizaciones diversificadas en el mundo.

China siempre ha asignado importancia al fortalecimiento del intercambio y el diálogo entre países y civilizaciones. En febrero pasado, la delegación de China asistió a la Conferencia sobre el Diálogo entre Civilizaciones, que se celebró en el Irán, en la que señaló las opiniones y posiciones del Gobierno de China sobre esta cuestión. En septiembre pasado, el Sr. Song Jian, Vicepresidente del Comité Nacional de la Conferencia Consultiva Política Popular de China y miembro del Grupo de Personas Eminentes para el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones, presidió el "Foro del Siglo XXI, Simposio sobre el Diálogo entre Civilizaciones", que se celebró en Beijing.

En el Simposio se llevó a cabo un debate amplio y profundo que se centró en tres temas: el papel del intercambio entre las civilizaciones en la promoción del desarrollo histórico humano, el efecto del diálogo entre civilizaciones en el desarrollo de las relaciones internacionales y el papel de las Naciones Unidas en la promoción del diálogo entre civilizaciones. La síntesis del Simposio ha sido distribuida como documento ofi-

cial (A/56/471) de este período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

El Gobierno de China y su pueblo están dispuestos a seguir aportando contribuciones aún más importantes a favor del fortalecimiento del diálogo y el intercambio entre civilizaciones, así como a la paz, el progreso y la prosperidad en el mundo.

**Sr. Rangachari** (India) (*habla en inglés*): Agradezco al Secretario General el informe (A/56/523) sobre el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones, una feliz iniciativa de la República Islámica del Irán. Deseamos expresar nuestro agradecimiento a las personalidades eminentes que han colaborado en la elaboración del libro *Crossing the Divide: Dialogue among Civilizations*. Quisiéramos manifestar nuestro agradecimiento a los Estados Miembros que han organizado reuniones que dan contenido y significado a este Año de las Naciones Unidas.

A medida que se acerca a su final el año que la Asamblea General declaró Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones, es conveniente que reflexionemos sobre los conceptos e ideas surgidos en este proceso.

El diálogo entre las civilizaciones no es nuevo. Existió desde las primeras civilizaciones conocidas. El diálogo, que abarca muchos milenios, ha desdibujado las fronteras entre las diferentes civilizaciones. Hoy el mundo no puede afirmar que existe una cantidad finita de civilizaciones precisas; en realidad hay una multitud de culturas que se superponen. Las relaciones culturales, que borran las fronteras de las civilizaciones, no han debilitado, sin embargo, la riqueza de la diversidad cultural.

La cultura y la civilización no son fenómenos estáticos. Cambian para adaptarse a los cambios que tienen lugar en el medio ambiente. La búsqueda de nuevas soluciones a los nuevos problemas es un proceso continuo. La absorción de ideas de otras culturas favorece este proceso.

Si bien las sociedades adoptan las mejores prácticas de las otras, al mismo tiempo preservan su singularidad. Lo hacen porque saben instintivamente que tienen un sentido de pertenencia y de patrimonio. También lo hacen porque sus circunstancias nunca son idénticas a las de los demás.

Se ha afirmado en algunos de los documentos de la Secretaría que hay dos grupos de civilizaciones: uno

que percibe la diversidad como una amenaza y otro que la percibe como una oportunidad. Esa diferenciación resulta simplista e incluso peligrosa. El diálogo entre civilizaciones que ha tenido lugar a lo largo de los años ha mitigado la ignorancia causada por el etnocentrismo y ha dado lugar a la comprensión de que todas las sociedades humanas tienen sus propias civilizaciones y culturas.

Es natural que cada sociedad trate de proteger y preservar sus valores culturales y su civilización. El diálogo crea temores, incluso cuando genera expectativas. El temor surge cuando se percibe la intención de una civilización o una cultura de imponerse sobre otra, como resultado de teorías de superioridad o de su contrapartida, de inferioridad.

La idea subyacente es que quien sea superior será más fuerte y por lo tanto vencerá. El diálogo, sin embargo, nos hace comprender que en las culturas y las civilizaciones nadie es inferior y nadie es superior. Las civilizaciones no son iguales. Cada civilización tiene una evolución singular. Sin embargo ninguna civilización puede prevalecer sobre otra. No habrá un final de la historia.

Las civilizaciones son diferentes entre sí, pero los valores y los logros de las civilizaciones son comunes. Incluso en tiempos en que la comunicación era muy escasa, las grandes civilizaciones antiguas del Asia, el Oriente Medio y América llegaron a crear sistemas de riego muy parecidos. Más allá del material genético compartido y de la evolución de la tecnología, hay y siempre ha habido un enfoque parecido en la forma en que las distintas civilizaciones han abordado la ética. Esto no es sorprendente. Los sistemas de valores son muy importantes en las situaciones humanas, y hay una tendencia común a toda la humanidad que está presente en todas estas situaciones. El derecho a la vida, por ejemplo, goza de primacía en todas las civilizaciones. También hay otros. El diálogo, durante los últimos 50 años, nos ha permitido codificar estas ideas en instrumentos internacionalmente aceptados para fomentar y proteger los derechos humanos y las libertades fundamentales. Por otra parte, hay diferencias en el énfasis que surge del *ethos* cultural y de las civilizaciones. Se manifiesta en la tensión que surge del reconocimiento de la universalidad de los derechos humanos fundamentales en yuxtaposición a los deberes de los individuos respecto de la sociedad y los derechos de la sociedad. La Declaración Universal de Derechos Humanos habla de derechos y deberes. Hay y siempre habrá

en cada civilización un esfuerzo por establecer un equilibrio entre el bien del individuo y el bien común, más amplio.

El diálogo entre las civilizaciones ha ampliado el denominador común de los valores y los principios que han de regirnos. Incluyen los valores de la democracia liberal y participativa, el imperio de la ley y la tolerancia. No debe ser entendidos como una imposición, y ninguna civilización puede afirmar que tiene derecho de propiedad sobre ellos. Se podría afirmar, por ejemplo, que las aldeas-república de la antigua India fueron predecesoras esclarecidas de los conceptos modernos respecto de las instituciones políticas participativas y descentralizadas.

Es esta universalidad de los valores humanos lo que niega el terrorismo. El terrorista no pertenece a ninguna civilización. Rechaza la tolerancia y la diversidad, que son los valores fundamentales de todas las civilizaciones. Quienes perpetraron los actos del 11 de septiembre, y quienes perpetraron actos de terrorismo en otras partes, son rechazados por sus propias civilizaciones. Sólo pueden identificarse con los Estados que les dan asilo, los ayudan, los secundan y los respaldan, e incluso los glorifican. Permitir que los terroristas y los Estados que les dan abrigo tengan cabida en nuestro discurso sería legitimar lo que sólo pertenece a los civilizados.

A lo largo de los siglos, la India ha sido el lugar de confluencia de distintas culturas. La civilización india es el resultado de muchas fusiones culturales. Abarca diferentes postulados filosóficos en relación con el idealismo y el materialismo, la religión y el secularismo, y afirma su propia identidad y su deseo de que la mundialización sea inclusiva. Nos complace la tolerancia, celebramos nuestra diversidad. Lo hacemos porque tenemos fe y aceptamos la unidad fundamental de toda la humanidad. Como dijera Mahatma Gandhi

“No quiero que mi casa esté rodeada de muros ni que mis ventanas estén cerradas. Quiero que las culturas de todas las tierras entren en mi casa con la mayor libertad posible. Pero me niego a que cualquiera de ellas me arranque mis raíces”.

El diálogo entre las civilizaciones ha de continuar. Confiamos en que contribuirá a crear una mayor armonía entre las civilizaciones.

**Sr. Al-Awadi** (Kuwait) (*habla en árabe*): Estamos examinando hoy uno de los temas más importantes del programa de la Asamblea General: el diálogo entre las

civilizaciones. Mi delegación ha estudiado el informe referente a este tema. En Kuwait, las actividades que se estipulan en el informe nos han dado una comprensión de la importancia que se le concede a este diálogo a nivel gubernamental y a nivel de las Naciones Unidas. Esto nos hace sentir optimistas en lo relativo al diálogo, que ha de abordar todos los aspectos de nuestras vidas.

En este sentido, en Kuwait nos complacen las actividades que han organizado las Naciones Unidas para reforzar el concepto de diálogo entre civilizaciones, sobre todo las medidas que tomó la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura para que este diálogo se convirtiera en un objetivo estratégico de su plan a mediano plazo para el período 2002-2007. También nos complace que el Representante Personal del Secretario General para el Año del Diálogo entre Civilizaciones haya establecido un programa para ese diálogo, en colaboración con importantes personalidades internacionales. Esto ha alentado a muchos Estados y organizaciones no gubernamentales a realizar grandes esfuerzos para respaldar el diálogo entre las civilizaciones y desarrollar una cultura internacional de la paz, a la que todos aspiramos. En este sentido, la Organización de la Conferencia Islámica (OCI), la Liga Árabe y otras organizaciones también han participado.

Kuwait siempre ha respaldado el diálogo entre civilizaciones con medidas prácticas, y nuestro Gobierno ha decidido respaldar todas las resoluciones de la Asamblea General al respecto. También hemos llevado adelante importantes actividades, así como programas educativos y culturales, en cooperación con el resto de la comunidad internacional, para celebrar el 2001 como Año del Diálogo entre Civilizaciones.

Es importante destacar algunas otras actividades. Kuwait ha firmado numerosos tratados internacionales relacionados con el patrimonio nacional y oficial de los pueblos. Ha participado en acuerdos bilaterales con Estados amigos para promover la cooperación y el intercambio de programas culturales y educativos. Durante muchos años, Kuwait ha puesto en práctica programas y planes a nivel nacional para reforzar de manera directa el diálogo entre las civilizaciones y crear puentes de comunicación permanente entre Kuwait y otras naciones. Esto se ha logrado por medio de programas culturales y festivales artísticos, gracias a la participación del pueblo de Kuwait en el fortalecimiento del diálogo entre civilizaciones. Kuwait, por ejemplo, está organizando un festival cultural en al-

Qareen, un festiva anual para niños y una feria internacional del libro. También ha cooperado con las organizaciones internacionales y las organizaciones no gubernamentales interesadas en el ámbito de los derechos humanos para fortalecer la paz y el diálogo entre civilizaciones. Además, ha cooperado con países amigos en el ámbito de la cultura, la educación y la ciencia para desarrollar un dialogo positivo entre los pueblos. Como capital cultural árabe para el año 2001, Kuwait ha patrocinado una serie de actividades culturales y artísticas y ha respaldado el programa elaborado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura al respecto.

Kuwait ha acogido 16 programas y exhibiciones culturales con la participación de la República de Corea, la República Islámica del Irán y Suiza. También han participado muchos otros países árabes. Mi país ha organizado también exhibiciones en el exterior, en Francia, Argelia, el Irán y Yemen. Actualmente, estamos trabajando con el Japón para preparar un diálogo entre los Estados del Golfo y el Japón. Hemos desempeñado también un papel importante junto con el resto de la comunidad internacional para apoyar este Año del Diálogo entre Civilizaciones, de las Naciones Unidas, y, al respecto, mi delegación ha presentado un informe por escrito al Secretario General.

Para concluir, quisiera reiterar que nosotros, al igual que otros Estados, queremos garantizar, por medio de esta Organización, la paz, la seguridad y la estabilidad para todos los pueblos del mundo. Deseamos también reiterar nuestro apoyo a los principios de la Carta en ese ámbito. Mi país ha hecho hincapié en esos principios en el proyecto de resolución que va a examinar la Asamblea General en el curso del debate sobre este tema del programa. Conocemos perfectamente los aspectos positivos que tiene este diálogo tanto a nivel nacional como internacional, así como en la política exterior de nuestro propio Gobierno. De la misma manera, tras los acontecimientos del 11 de septiembre, deseamos cooperar para fortalecer ese diálogo como un diálogo pacífico y no como un enfrentamiento entre civilizaciones, tal como lo describen actualmente algunas personas. Es indispensable promover la verdadera comprensión de las antiguas civilizaciones, en particular la civilización islámica que ha renunciado al terrorismo y ha creado en nosotros, árabes y musulmanes, una comprensión de todas las culturas a todos los niveles.

Por último, quisiera referirme al párrafo 19 del informe del Secretario General sobre este tema, que resulta

aplicable, en especial tras los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001.

"Ello es tanto más cierto a raíz de los ataques terroristas del 11 de septiembre, que representaron lo peor de la humanidad, mientras que el diálogo trata de hacer posible y promover lo mejor de ésta. Un diálogo entre civilizaciones no es sólo una respuesta necesaria al terrorismo sino, de muchas formas, su némesis. Si el terrorismo trata de dividir a la humanidad, el diálogo se propone unirnos" (A/56/523, párr., 19)

Quisiera también encomiar los esfuerzos del Gobierno del Irán respecto de este diálogo y del proyecto de resolución sobre este tema.

**Sr. Kafando** (Burkina Faso) (*habla en francés*): Cuando las Naciones Unidas decidieron, por medio de la resolución 53/22 de la Asamblea General, de 4 de noviembre de 1998, proclamar el año 2001 como el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones, quisieron subrayar la urgencia y la necesidad de encontrar formas y medios de establecer un intercambio entre las corrientes de pensamiento, los medios de vida, las culturas y las tradiciones que constituyen la riqueza de nuestros pueblos.

Tras los acontecimientos del 11 de septiembre, la elección del año 2001 para destacar las virtudes del diálogo entre civilizaciones cobró una importancia especial. Las atrocidades de las que hemos sido testigos, en que la religión y el terrorismo constituyeron una mezcla peligrosa, deben proscribirse para siempre. El actual debate sobre el tema 25 del programa nos ofrece esa oportunidad. Este debate, o este intercambio de opiniones, nos da la ocasión de reiterar al mundo que sólo la comprensión entre las personas puede promover la paz y el progreso humano.

Agradecemos la iniciativa de la República Islámica del Irán, que nos ha permitido abordar esta realidad en toda su dimensión. De hecho, el diálogo entre civilizaciones es, en última instancia, la única arma capaz de crear un clima de paz, seguridad y confianza entre los pueblos y las naciones porque permite que las personas se conozcan mejor y, por lo tanto, promueve una mejor comprensión entre los pueblos. El objetivo de la paz y la seguridad internacionales no puede alcanzarse exclusivamente sobre la base del desarme o de las actividades de mantenimiento de la paz, consolidación de la paz y gestión de los conflictos, por más útiles y valiosas que sean. Hay que agregar otro elemento decisivo que tenga

en cuenta los aspectos sociológico, espiritual, cultural y de comportamiento de los seres humanos.

El diálogo entre civilizaciones contribuye indiscutiblemente a prevenir los conflictos cuando se lo utiliza como medio de restablecer la comunicación entre los seres humanos, las comunidades, los pueblos y las naciones que son, por supuesto, los principales portadores de violencia y de inseguridad. Como tal, constituye una gran contribución a la pacificación de las relaciones entre las comunidades e internacionales.

En una época en que la tecnología de las comunicaciones ha reducido el mundo a una aldea planetaria, en una época en que la economía mundial obliga a las personas a acercarse y a integrarse más, creando de esa manera nuevas interdependencias, las Naciones Unidas deben desempeñar un papel federativo para todos los Estados Miembros y ejercer su liderazgo en el diálogo entre civilizaciones.

La humanidad se encuentra en una encrucijada y todos nosotros juntos, impulsados y preocupados por los mismos ideales de las Naciones Unidas, debemos movilizarnos para fortalecer nuestra decisión de ganar la lucha por la paz, la seguridad y la estabilidad, así como la lucha contra la pobreza, la exclusión, la intolerancia y el odio.

Permítame aprovechar esta oportunidad para señalar la experiencia de mi país, Burkina Faso, que tiene una tradición cultural llamada *parenté à plaisanterie* que sirve como factor de regulación social pacífica de las relaciones entre nuestras comunidades culturales. Como tal, es un buen ejemplo de diálogo fraterno. Burkina Faso tiene aproximadamente 60 grupos étnicos y numerosas comunidades religiosas que coexisten en armonía.

La *parenté à plaisanterie* es un medio de comunicación entre dos, tres o más grupos étnicos o dentro de un grupo étnico. Esta tradición permite realizar todo tipo de bromas en ocasiones felices o no, cualquiera sea la edad o la condición social, política o administrativa de la persona que participa. Un niño de 10 años, por ejemplo, puede burlarse de una persona de 70 años o más, o incluso de un grupo de personas y no estallará, a consecuencia de ello ningún tipo de pelea. Mejor aún, esta forma de diálogo crea un buen ambiente, mientras una broma se sucede a la otra. Los enfrentamientos entre las personas suelen evitarse cuando descubren que están en relación por medio de la *parenté à plaisanterie*, ya que el apellido es suficiente para identificar inmediatamente a un "antagonista".



Respecto de la religión, diversas comunidades, entre ellas la islámica, la animista y la cristiana, viven en perfecta comprensión y suelen cooperar para contribuir a la preservación de la paz, la armonía y la estabilidad en nuestro país. En las celebraciones de cada una de las comunidades las otras expresan sus mejores deseos y es frecuente ver a los musulmanes celebrando Navidad o a los cristianos celebrando Mawlid.

Este encuentro de culturas y de religiones por medio del diálogo es un factor para la paz y la amistad, y debemos apoyarlo.

El diálogo entre las civilizaciones, como un valor trascendental, requiere, resulta obvio, tolerancia, aceptación y respeto hacia la manera de pensar, de vivir y de comportarse de los otros. Todo esto debe enraizarse en nuestras sociedades, en nuestras costumbres y en nuestra existencia cotidiana. En otras palabras, el fomento de un verdadero diálogo entre las civilizaciones debe pasar primero por la cultura de diálogo, la cual cada uno de nosotros debería considerar como regla de oro. Esta es una condición indispensable para llegar a ser la civilización universal que todos anhelamos.

Como uno de los patrocinadores del proyecto de resolución A/56/L.3, titulado "Programa mundial para el diálogo entre civilizaciones", Burkina Faso quiere hacer suyo ese objetivo. Reitera su apoyo sincero al proceso de diálogo y también a la ejecución del programa que se va a aprobar.

**El Presidente** (*habla en inglés*): Doy ahora la palabra al representante de Singapur.

**Sra. Tan Yee Woan** (Singapur) (*habla en inglés*): Nos reunimos en momentos en que el diálogo entre civilizaciones se ve amenazado por extremistas más ansiosos de matar que de hablar. Se han hecho declaraciones públicas en favor de la violencia y la muerte. Peor, se hacen afirmaciones jubilosas de un estado de guerra entre civilizaciones.

Estas declaraciones son falsas. Constituyen provocaciones deliberadas e irresponsables. Como representantes de la comunidad internacional, es nuestro deber rebatirlas clara y resueltamente con nuestras palabras y refutarlas con nuestros actos.

Tal vez deberíamos reexaminar la frase "diálogo entre civilizaciones". Un diálogo, por definición, es un debate entre dos partes solamente. Nosotros estamos empeñados en una conversación mundial con muchos participantes. Por lo consiguiente, el diálogo debe de-

sarrollarse a muchos niveles, no todos, y ni siquiera la mayoría de ellos, al nivel de los gobiernos. De hecho, el nivel político puede ser el menos importante de todos. Los Estados siempre han entendido la necesidad de mantenerse en contacto unos con otros de acuerdo con sus propios intereses estratégicos. Se puede confiar en ellos para que sigan haciéndolo.

Las civilizaciones no son entes monolíticos con fronteras establecidas. Las civilizaciones son más que una religión. Una civilización es la mezcla dinámica de historia, geografía, etnicidad, ética, filosofía, religión, política, economía, costumbre, tradición, cocina, estética, hábitos y moda. Debido a esto, el diálogo más importante es el que se realiza entre los individuos comunes y corrientes. Esto está encarnado en las millones de interacciones intergubernamentales, comerciales, educacionales, académicas y puramente sociales que se dan en todo el mundo. Este diálogo se realiza en todo momento, a todas horas, todos los días. Se ha hecho más profundo, más rico y mucho más amplio en los últimos 10 años, con la propagación de la tecnología de las comunicaciones y la mundialización. En esta época incierta, es de vital importancia que no permitamos que el temor debilite esta red mundial de contactos.

El comercio puede muy bien ser el más importante de los posibles niveles de contacto entre civilizaciones. Históricamente, el contacto pacífico principal entre civilizaciones fue por medio del comercio. Desde la antigüedad, la famosa Ruta de la Seda vinculó al Imperio Chino en su extremo oriental con el Imperio Romano en su terminal occidental, con docenas de diversas sociedades intermedias. Aún ahora, para muchos de nosotros los tratos comerciales y profesionales son todavía las avenidas principales de contacto con la gente distinta a nosotros mismos. En los últimos 10 años, se ha aumentado sustancialmente la integración económica mundial por medio del comercio liberalizado y la inversión extranjera directa. Esto a su vez ha profundizado nuestras oportunidades de interactuar pacíficamente con la gente fuera de nuestras propias sociedad y culturas.

Es importante no solamente evitar la reducción de tales interacciones, sino también ampliarlas y profundizarlas. Todavía se da el caso que los países desarrollados tiendan a comerciar y a invertir entre ellos mismos. De 1998 a 2000, el 76.3% de los flujos de inversión extranjera directa fue hacia los países desarrollados, y solamente el 21.4% a los países en desarrollo. Ahora que la economía mundial se encuentra en un estado inestable, es posible que esta discrepancia se amplíe.

Tanto los países desarrollados como los países en desarrollo deben hacer lo máximo para revertir este fenómeno, liberalizando el comercio, reduciendo las barreras a las importaciones y dándole asistencia a los países en desarrollo para generar la necesaria infraestructura social, jurídica y física para estimular la inversión extranjera. Los países en desarrollo quieren y necesitan mayor integración, no menor. Quieren poder participar plenamente en la conversación mundial.

La movilización de las personas es una fuerza importante, aunque involuntaria, en el diálogo entre civilizaciones. La Organización Internacional del Trabajo calcula que, en el año 1999, había cerca de 97 millones de personas que vivían y trabajaban en países distintos a sus países de nacimiento. Esto no incluye a los aproximadamente 11.5 millones de refugiados y desplazados internos que calcula la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) había a finales de 1998.

Todas las sociedades tienen extranjeros que viven y trabajan en ellas. Esta es una fuente vital tanto de prosperidad económica como de intercambio cultural. La ansiedad que la amenaza del terrorismo causa ha conducido ya a un aumento de la xenofobia y a pedir restricciones a la inmigración en muchos países. Tanto los países desarrollados como los países en desarrollo sufrirán si se limita más el flujo de personas y de destrezas.

No hay ningún Estado ni civilización en el mundo que pueda honestamente pretender homogeneidad de tipo étnico, cultural, religioso o social. Las civilizaciones del mundo no son más entidades separadas, sino que se encuentran entrelazadas de manera inextricable las unas con las otras, tanto cultural como geográficamente. En los últimos 100 años, ha habido muchos intentos equivocados de crear sociedades que fueran étnica, religiosa o políticamente “puras”. Estos intentos no tuvieron otro resultado más que el derramamiento de sangre, sufrimientos y muerte para millones de personas, lo que debería, lógicamente, persuadirnos de la inutilidad y de las consecuencias negativas de tales iniciativas.

No debemos caer en la trampa de pensar que una civilización es algo estático, fijo y no sujeto a cambios. Como el Secretario General enunció recientemente:

“...estos términos —civilizaciones, culturas— no son constantes e inmutables hechos de la historia, sino que más bien organismos en constante flujo, o siempre cambiando, creciendo, desarrollándose y adaptándose ellos mismos a nue-

vos tiempos y a nuevas realidades por medio de la interacción de unos con otros.” (*adaptación de un discurso pronunciado en la Escuela de Diplomacia y Relaciones Internacionales de la Universidad de Seton Hall, el 5 de febrero de 2001*)

El Singapur moderno ha florecido a través de sus 200 años de historia como consecuencia del intercambio fructífero y provechoso entre los muchos grupos étnicos que viven y trabajan aquí. Cada grupo, al mismo tiempo que retiene un sentido fuerte de su propia historia y de su propia identidad, se ha adaptado sin embargo y ha evolucionado en respuesta al contacto con todos los demás. Singapur es un microcosmos del conjunto del Asia sudoriental. Nuestra región es una de las grandes encrucijadas del mundo, de este a oeste, de norte a sur. A lo largo de los siglos, las influencias de China, la India, la península arábiga y Europa se han encontrado todas y se han mezclado ahí. La situación es hoy la misma, excepto que las influencias vienen ahora de todo el mundo.

Tanto ahora como en el pasado, las sociedades más fuertes y resilientes han sido aquéllas que pueden acomodarse a las diversas corrientes de pensamiento, opinión y comportamiento. Las sociedades culturalmente homogéneas, al igual que los campos de cultivos homogéneos, son vulnerables a los cambios súbitos en su medio ambiente externo. Si un campo se planta con una sola variedad de cultivo, una plaga de insectos puede matar a todas las plantas de ese campo. En un campo de especies mezcladas, muchas plantas no serán afectadas por la peste, y el cultivo en su conjunto sobrevivirá.

Como todas las especies vivientes, las sociedades y las civilizaciones se hallan en un estado de cambio evolutivo constante. Detener la evolución no significa que la especie ha alcanzado la perfección; detener la evolución significa extinción. Una cultura que rechaza la diversidad y se encierra dentro de su propio capullo hermético de ideas y creencias no crecerá ni se transformará en mariposa; se sofocará y morirá. Cualquier aporte que hubiese podido dar al desarrollo humano morirá con ella. Una sociedad que alimenta a sus integrantes con temores y odios hacia lo que es diferente siembra las semillas de su propia destrucción.

El lapso promedio para la existencia de una especie es de un millón de años. Sin embargo, hay dos maneras en que puede desaparecer una especie. Una es por extinción completa, sin dejar atrás ninguna herencia genética. La otra es transformándose en algo distinto,

como algunos dinosaurios pudieron evolucionar para convertirse en aves. También las sociedades humanas tienen estas dos posibilidades ante ellas todo el tiempo. Ninguna sociedad de las que existen hoy es la misma de hace 100 años, o de hace 1.000 años. Por medio de la interacción con otras civilizaciones, cada civilización cambia, crece y vive. Al sostener y fortalecer el diálogo entre civilizaciones seleccionamos el camino hacia la supervivencia, no hacia la extinción.

**Sr. Aboul Gheit** (Egipto) (*habla en árabe*): El diálogo entre civilizaciones no ha sido nunca tan importante como lo es ahora. Ese diálogo se inició hace un buen número de años con la sugerencia de una idea filosófica dirigida a acercar a las civilizaciones con el fin de contrarrestar lo que entonces se refería como las diferencias y choques inevitables entre las civilizaciones. Ahora hemos sido testigos de acontecimientos sorprendentes que nos han obligado a cambiar nuestro enfoque sobre esta cuestión. Hoy, consideramos el diálogo entre civilizaciones como una necesidad práctica debido a nuestro destino común, y no desde la perspectiva de un debate filosófico, que pertenece al dominio de la investigación y de los libros. Hoy más que nunca necesitamos un diálogo serio que nos reúna y procure alcanzar y fomentar la coexistencia, en lugar de uno que busque apartarnos. Necesitamos un diálogo que establezca un marco para nuestra unificación y contradiga los llamados a la divergencia y al aislamiento.

Aún tenemos que definir el significado de civilización, así como las ideas y conceptos que la vinculan a otros conceptos, tales como cultura, nacionalismo, religión y otros elementos. En verdad es difícil llegar a un acuerdo sobre una clara definición para el término civilización. Pero, de hecho, civilización tiene varias definiciones e interpretaciones, la mayoría de las cuales se basan en una combinación de elementos históricos y geográficos y la interacción entre ellos, que incluye el idioma, la cultura, los acontecimientos y los gustos. La mezcla intelectual que resulta ha reunido a personas de diversas creencias y nacionalidades que han coexistido y se han enfrentado durante mucho tiempo a través de vastas regiones geográficas. Entendemos que la civilización es el resultado de una reunión de voluntades que representan una verdadera visión de todos estos elementos y sus interacciones.

El diálogo entre civilizaciones comienza, ante todo y sobre todo, con la idea de la igualdad de todas las civilizaciones y el reconocimiento del aporte que cada civilización puede hacer al destino de la humanidad por

medio de sus conocimientos e historia singulares, sin pretender ser racista o superior a cualquier otra civilización. El diálogo comienza con el entendimiento de las características especiales y la diversidad de cada civilización a la luz de sus experiencias propias y las fuentes que las nutren y las tradiciones y costumbres distintas que han desarrollado a lo largo de los años. El legado humano de todas las civilizaciones es ciertamente rico en elementos que nos pueden reunir y en valores comunes a todas las culturas. Esto nos puede ayudar a contrarrestar los conflictos entre civilizaciones. Podemos sustentarnos en esta herencia para destacar los aspectos salientes de nuestro destino común y los aspectos fundamentales sobre los cuales podemos construir el diálogo. Permítaseme enunciar algunos de ellos.

En primer lugar, todas las civilizaciones, pese a su diversidad, son partes integrales de un sistema único, es decir, de la civilización humana. El desarrollo y los avances de una región o civilización determinada tendrán al final como consecuencia un efecto nutritivo para otras civilizaciones.

En segundo lugar, la humanidad no ha tenido los avances que tiene gracias a los esfuerzos de una sola civilización. Todas las civilizaciones han construido conjuntamente una estructura intrincada por medio de un largo proceso acumulativo para generar el tejido humano.

En tercer lugar, el mejor lugar para iniciar el diálogo entre civilizaciones es dentro de un diálogo que se lleve a cabo entre civilizaciones individuales. De hecho, dentro de una civilización determinada hay numerosas nacionalidades, religiones, idiomas, dialectos y otros. No se puede concebir la posibilidad de la coexistencia entre civilizaciones sin que primeramente haya coexistencia dentro de una misma civilización.

En cuarto lugar, cada civilización debe pasar a través de un proceso de purificación al eliminar todos los aspectos negativos y los sentimientos de superioridad y rechazar conceptos que se resistan a la lógica y el pensamiento sólidos.

En quinto lugar, debemos entender la importancia de aceptar al otro, y no rechazarlo debido a sus creencias, estilos de vida y costumbres diferentes.

La mejor expresión del concepto de Egipto del diálogo entre civilizaciones fue enunciada por el Presidente Mubarak durante el foro euromediterráneo que se realizó en España hace apenas unos pocos días. Afirmó que debemos entender que la religión no puede ser utilizada

como pretexto para los conflictos entre civilizaciones o el enfrentamiento entre los pueblos. Todas las religiones deberían actuar como fuerzas que impulsan el diálogo y la coexistencia entre la gente.

Como también ha recalcado el Presidente Mubarak —de quien nosotros, los musulmanes, estamos orgullosos—, los musulmanes no fueron los únicos que encabezaron el progreso de la civilización árabe-islámica; los cristianos y los judíos que vivían en el seno de dicha civilización también jugaron un papel muy decisivo. Ellos hicieron una contribución importante, que consolidó los nobles cimientos de la civilización árabe-islámica y destacó su espíritu de tolerancia y aceptación de los otros, muy por el contrario de las acusaciones de favorecer el conflicto y la supremacía.

**Sr. Ling** (Belarús) (*habla en ruso*): La delegación de la República de Belarús acoge con beneplácito que se celebre el debate sobre el tema del diálogo entre civilizaciones en vísperas del debate general del quincuagésimo sexto período de sesiones de la Asamblea General. Ese calendario nos permite no solamente debatir este tema importante del programa en el actual período de sesiones, sino que también establecer vínculos muy lógicos entre los trabajos de las sesiones de la Asamblea y el próximo intercambio de opiniones a nivel de jefes de Estado o de gobierno y ministros de Relaciones Exteriores sobre las cuestiones más apremiantes de hoy.

Resulta muy simbólico que el “Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones” haya coincidido con el inicio de un nuevo siglo y de un nuevo milenio. Ahora es justamente el momento apropiado para que la humanidad preste una atención especial a la revisión del espectro completo de la diversidad entre las civilizaciones, sus características comunes y sus diferencias, que son, en suma, un gran legado de la sociedad mundial. Bajo las circunstancias actuales, al marcar el inicio de una nueva era en las relaciones internacionales —la era de la mundialización— es importante darse cuenta de que el diálogo, el intercambio y la interacción entre las historias, las culturas y las tradiciones sociales de diversos Estados, unidos en una sola familia de las naciones del mundo, son la fuerza real —no abstracta— que dirige el progreso de la sociedad humana, y que esta ha sido una tendencia irreversible en el desarrollo histórico de todos los siglos y milenios precedentes. El intercambio entre civilizaciones contribuirá a la prosperidad futura del mundo.

No es coincidencia que, después de los acontecimientos trágicos del 11 de septiembre de 2001 en ciudades importantes de los Estados Unidos, el Secretario General Kofi Annan, en su discurso ante los delegados en la primera sesión plenaria del quincuagésimo sexto período de sesiones de la Asamblea General, hiciera una referencia específica al diálogo entre civilizaciones. Belarús está convencida de que esos actos de terrorismo, sin precedentes, sólo fueron posibles porque los terroristas pasaron por alto las condiciones previas fundamentales para la coexistencia civilizada de los Estados en el mundo de hoy: el intercambio y la interacción permanentes. Diversos incentivos basados en la superioridad de los unos y la inferioridad de los otros y en las diferencias raciales, religiosas y nacionales podrían conducir a consecuencias imprevisibles. Nosotros nos deberíamos enriquecer los unos a los otros, aprender unos de otros, intercambiar la especialización y cooperar sobre la base de la igualdad y el respeto mutuo. Solamente entonces podremos arreglar todas las diferencias existentes por medios pacíficos, sobre la base de la confianza mutua, la armonía y la comprensión. Ciertamente, esto será difícil de alcanzar, pero es posible hacerlo.

Desgraciadamente, el alto nivel de desarrollo de la humanidad en el presente todavía no garantiza la plena armonía y la perfección en el mundo contemporáneo. Nuestro mundo está lleno de conflictos, problemas ambientales y agitación social. Hay preocupación por el constante aumento del gasto militar contra el trasfondo de una brecha que se amplía entre los mundos desarrollado y en desarrollo, de un número cada vez mayor de refugiados, de bajas civiles, de una creciente participación de los niños en los conflictos armados, de la propagación de la epidemia del VIH/SIDA, y otros desafíos y problemas.

Contra ese trasfondo, debe señalarse que muchos de los conflictos modernos se encuentran precisamente en el cruce de civilizaciones autóctonas. Los problemas en Kosovo y en Bosnia y Herzegovina y las condiciones críticas en el Oriente Medio y en el Afganistán son apenas algunos ejemplos de situaciones en donde el diálogo y la reconciliación entre religiones, culturas, naciones y tradiciones son esenciales para la búsqueda de un arreglo pacífico y, en consecuencia, para garantizar el desarrollo sostenido y predecible de la sociedad mundial de hoy y del futuro.

Al intensificarse la tendencia hacia la mundialización, se hace extremadamente importante ampliar la

verdadera democracia y la igualdad en las relaciones internacionales, alcanzar el entendimiento de la igualdad de derechos de todos los países —grandes y pequeños, ricos y pobres— a fin de lograr nuestros objetivos comunes. En nuestra opinión, es precisamente en este contexto que se debería examinar la cuestión de combatir el terrorismo internacional. Los esfuerzos del Comité contra el Terrorismo, del Consejo de Seguridad, establecido de conformidad con la resolución 1373 (2001) del Consejo de Seguridad, que se centran en lograr un amplio respaldo entre los Estados Miembros, deben continuar y fortalecerse. Deben tomarse en cuenta las opiniones de tantos países como sea posible en todas las etapas del trabajo de ese importante órgano. Para nosotros, esta es una condición previa para el éxito del Comité y, por lo tanto, la perspectiva real de establecer un escudo confiable contra los terroristas internacionales.

Belarús comparte la idea del papel esencial de las Naciones Unidas en el proceso de estimular el diálogo entre las civilizaciones. Apoyamos el aspecto mencionado por el Secretario General de que

“Las propias Naciones Unidas fueron creadas en la creencia de que el diálogo puede triunfar sobre la discordia, que la diversidad es una virtud universal, y que los pueblos del mundo están mucho más unidos por su destino común de lo que están divididos por sus identidades separadas”.

Procediendo a partir de esa posición, nos hemos sumado a los patrocinadores del proyecto de resolución presentado a la Asamblea General que contiene el programa mundial para el diálogo entre civilizaciones. Con su aprobación, será más fácil para las Naciones Unidas adoptar decisiones en este ámbito y excluir la posibilidad de tomar medidas inconsistentes y esporádicas.

Belarús está convencida de que solamente las medidas prácticas que tomen todos los Estados Miembros pueden facilitar el logro de los objetivos que nos estamos fijando hoy nosotros mismos. A este respecto, el pueblo, el Presidente y el Gobierno de Belarús prefieren seguir la sabiduría antigua de que se debe comenzar con uno mismo. Hoy, Belarús es un diálogo entre civilizaciones en miniatura. Tenemos representantes de más de 140 minorías étnicas en el país, y todas ellas gozan del derecho a desarrollarse libremente y a fomentar su cultura, historia e idioma; 26 profesiones de fe religiosas importantes están registradas en Belarús. La relación

entre los diversos credos y nacionalidades en el país puede calificarse de estable y predecible.

Los resultados de la investigación científica y sociológica señalan claramente que en Belarús no hay bases objetivas para que se produzcan tensiones o conflictos sociales y psicológicos en materia de relaciones étnicas. También muestran que, contra el trasfondo de las tradiciones bien establecidas, tenemos interacciones sostenibles entre el grupo nacional predominante y los demás grupos: rusos, ucranios, polacos, judíos, tártaros y otros.

La práctica de organizar mesas redondas con la participación de representantes de las minorías étnicas y de estimular los festivales culturales nacionales y los contactos científicos interétnicos es una tradición de larga data en Belarús. Con el establecimiento de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), Belarús ha estado participando intensamente en todas las iniciativas de integración de la ex Unión Soviética, considerándolas un prerequisite necesario para el desarrollo económico y político estable de las naciones de reciente independencia que anteriormente constituían un solo Estado. Estamos interesados en desarrollar esta estrategia en el futuro.

Es para mí un honor expresar, en nombre de mi Gobierno, nuestra sincera gratitud al representante de la República Islámica del Irán, y personalmente al Presidente de ese país rico en tradiciones, Excmo. Sr. Mohammad Khatami, así como al Sr. Kofi Annan y a su Representante Personal, el Sr. Giandomenico Picco, por su valiosa contribución a la promoción de la noble idea del diálogo entre civilizaciones. Belarús colaborará para propiciar la difusión y el éxito de esta iniciativa.

**Sr. Satoh** (Japón) (*habla en inglés*): De entrada, quisiera aprovechar esta oportunidad para expresar, en nombre del Gobierno del Japón, nuestro sincero agradecimiento al Presidente de la República Islámica del Irán, el Excmo. Sr. Seyed Mohammad Khatami, por haber propuesto este diálogo entre civilizaciones.

Quisiera asimismo expresar nuestro agradecimiento al Sr. Giandomenico Picco, representante personal del Secretario General, y al grupo de personalidades designado por el Secretario General, por haber publicado el libro titulado *Crossing the Divide: Dialogue among Civilizations*. Este libro es uno de los logros concretos del Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones.

El Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones es una iniciativa de importancia histórica que hace época. Ha inducido a los países y pueblos de todo el mundo a lograr la paz y la coexistencia mediante un diálogo basado en un espíritu de entendimiento mutuo y tolerancia. Así, pues, es verdaderamente irónico que los atroces ataques terroristas del 11 de septiembre nos hayan dado a conocer de la manera más cruel imaginable la magnitud de otra amenaza más para la civilización: el terrorismo.

La comunidad internacional debe cooperar para erradicar los atentados terroristas. En este contexto, fue muy positivo que en la reunión plenaria de la Asamblea General, 171 representantes se unieran para condenar el terrorismo y para hacer hincapié en la necesidad de prevenirlo y erradicarlo. Por otro lado, no se puede dejar de subrayar que con quienes nos enfrentamos es con los terroristas, no con los países musulmanes, islámicos o árabes.

En enero de este Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones, el Gobierno del Japón, encabezado por el Ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Yohei Kono, puso en marcha una nueva iniciativa por la que se trata de seguir potenciando el entendimiento mutuo entre el Japón y los países islámicos, como parte del esfuerzo por promover el diálogo entre civilizaciones. En el marco de esta iniciativa, el Gobierno del Japón ha emprendido una serie de medidas encaminadas a entender el Islam y ha creado una red de intelectuales integrada por personas en el Japón y en los países islámicos. De resultas de estas medidas se convocará un seminario de esta red en Bahrein en marzo de 2002. El Gobierno del Japón también organizó un seminario en Tokio el marzo pasado titulado "El diálogo entre civilizaciones: de un siglo de conflictos a un siglo de coexistencia", en el que se invitó a muchos jóvenes de varios países a hablar de cuestiones de ámbito mundial. En el seminario se elaboró un informe, que se presentó al Secretario General.

Hoy, a la luz de estos esfuerzos realizados por el Japón, quisiera presentar las opiniones de mi Gobierno sobre el diálogo entre civilizaciones. Se puede decir que, desde el punto de vista histórico, el mundo de hoy es resultado de la interacción entre civilizaciones de todo el planeta. Si bien en ocasiones los conflictos se han desatado precisamente a consecuencia de esta interacción, no cabe duda de que todas las civilizaciones se han visto estimuladas y enriquecidas mediante esta interacción con otras. Ubicado en el extremo oriental de

Asia, el Japón ha asimilado en su propia cultura aspectos de varias civilizaciones en el transcurso de su larga historia; por lo tanto, podemos entender perfectamente la importancia de dicha interacción. Por nuestra experiencia histórica, reconocemos claramente que la comprensión de distintas religiones, culturas, costumbres y otros elementos y la tolerancia para aceptarlas, son esenciales para cosechar los frutos de la interacción entre civilizaciones.

Hoy en día está cobrando importancia de nuevo el hecho de que las distintas civilizaciones no compitan por cuestiones de superioridad, sino que reconozcan las diferencias entre ellas y demuestren respeto mutuo mediante el diálogo y el intercambio.

A medida que la mundialización sigue avanzando, los bienes, el dinero, la información y las personas se desplazan de un lugar a otro con una rapidez y a una distancia mayores que nunca. Como consecuencia, hay distintas civilizaciones que entran en contacto entre sí en un lapso muy breve y abarcando a sociedades enteras. Además, la mundialización, aunque aporta muchas ventajas a una sociedad, da pie a varias diferencias en su seno, lo que complica la manera en la que las personas reaccionan ante los nuevos modos de pensar, las culturas y las costumbres que llegan. En ocasiones esto engendra en las personas intolerancia hacia civilizaciones distintas a la suya e incluso puede llegar a provocar conflictos.

Con todo, la mundialización es una realidad que no se puede detener. El Gobierno del Japón considera que es importante que la gente reconozca este hecho y entienda y respete las religiones en las que otros creen y las culturas y costumbres que otros valoran. Teniendo esto presente, opinamos que es de importancia capital promover el intercambio, en especial entre los jóvenes que son los que asumirán la responsabilidad por el futuro del mundo.

Es importante difundir el conocimiento sobre las distintas civilizaciones. Ahora bien, lo fundamental es que las personas de todo el mundo reconozcan que quienes viven en distintas partes del mundo y son de razas, religiones, culturas y costumbres distintas, son seres humanos que no son diferentes de ellos. Los intercambios personales son esenciales para arraigar ese reconocimiento.

En la Declaración del Milenio de las Naciones Unidas se afirma que la tolerancia es esencial para las relaciones internacionales en el siglo XXI. En otras

palabras, los seres humanos deben respetarse los unos a los otros en toda su diversidad de creencias, culturas y lenguas y hay que promover activamente una cultura de paz y diálogo entre civilizaciones.

Tenemos la responsabilidad de lograr este objetivo al que se han adscrito todos los dirigentes de todos los Estados Miembros. El Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones nos ha brindado una oportunidad con este fin. En los próximos años, deberemos continuar esforzándonos en estrecha cooperación unos con otros a fin de ampliar el diálogo y los intercambios entre civilizaciones partiendo de los logros conseguidos durante este Año de las Naciones Unidas.

Así pues, quisiera concluir mis observaciones diciendo que, teniendo todo esto presente, el Gobierno del Japón, por su parte, seguirá haciendo todo lo que esté a su alcance al respecto.

**Sr. Shobokshi** (Arabia Saudita) (*habla en árabe*): La humanidad abrigaba la esperanza de que al final del siglo XXI surgiría una oportunidad apropiada para que en todo el mundo se recordaran los acontecimientos del siglo pasado, se evaluaran las grandes victorias y los logros destacados y se repasaran y se aprendieran las lecciones correspondientes a las catástrofes mortíferas y a las tragedias sangrientas.

La humanidad aspira a hacer de éste un siglo de tolerancia, cooperación y solidaridad que fortalezca el género humano y brinde seguridad, paz, progreso y prosperidad para todos.

Sin embargo, la comunidad internacional quedó horrorizada por la catástrofe que aconteció a los Estados Unidos y quedó conmocionada por ese acto homicida y terrorista, que fue condenado por todos los pueblos amantes de la paz y todos los Gobiernos responsables, principalmente los Gobiernos árabes y musulmanes que han sido azotados por el terrorismo y han sufrido el extremismo y la violencia.

Es lamentable que en Occidente haya fuerzas latentes que están al acecho del Islam y de los árabes, que consideran a los musulmanes y a los árabes los verdaderos antagonistas del espíritu de los tiempos y los vinculan al terrorismo. Han utilizado el llamado peligro verde —el Islam— para reemplazar al peligro rojo. Algunas de estas fuerzas tendenciosas aducen que la catástrofe ocurrida en Nueva York y Washington, D.C., es prueba suficiente de que la teoría de que los valores de conformidad, armonía y ventajas respecti-

vas pueden ser mundiales no es una teoría aplicable a los mundos musulmán y árabe, que están propulsados por el odio hacia los valores occidentales hasta el punto de que algunos individuos de esos mundos están dispuestos a encontrar la muerte, infligir gran sufrimiento a los inocentes y amenazar con destruir a las sociedades occidentales.

Esas personas tendenciosas no saben que el terrorismo es un fenómeno internacional que no se limita a una nación, raza o religión concreta y que ha existido en cada cultura y nación a lo largo de la historia. No saben que la región a la que ellos acusan de cultivar el odio es la cuna de las religiones divinas, que enseñaron al mundo el amor y la tolerancia y cuyos pueblos han hecho grandes contribuciones a la civilización humana. El terrorismo no puede ser un fenómeno islámico o árabe, como algunos afirman para justificar sus fines políticos. El Occidente liberal y socialista y el Oriente con sus naciones y países diversos tienen muchos movimientos extremistas y terroristas. Cualquier cultura está sujeta a que la representen parcial y erróneamente y a que la interpreten de una manera que diste mucho de la realidad, la historia y la verdad.

Los recientes actos terroristas y sus repercusiones concomitantes, que han afectado negativamente a las comunicaciones humanas y que han resucitado el concepto del llamado conflicto entre civilizaciones, ponen de relieve la necesidad de mantener el diálogo entre civilizaciones y la interacción entre culturas para superar las diferencias de ideas y valores que las personas con prejuicios tratan de ahondar.

Quienes teorizan sobre el concepto de conflicto entre civilizaciones y afirman que la historia es producto de la violencia parten de la premisa de que el conflicto es la base de las relaciones entre individuos, pueblos y Estados, refleja la naturaleza del instinto humano y caracteriza el estado de interacción y competencia entre las sociedades humanas.

No obstante, la verdad demuestra que los conflictos responden a intereses propios, beneficios y objetivos y que la violencia, junto con el odio y la crueldad, estalla cuando una Potencia dominante y tiránica decide unilateralmente dar prioridad a sus propios intereses económicos y a sus objetivos políticos. La violencia también estalla allí donde no hay justicia ni equidad y cuando los dobles raseros son la norma en las relaciones internacionales. El extremismo, que incita a los individuos a la violencia, es consecuencia de

deficiencias que rigen las relaciones humanas e internacionales a costa de los grandes valores humanos y los derechos naturales de las personas. El extremismo, la violencia y el terrorismo son los resultados de una opresión excesiva y de una falta de libertad y justicia.

La comunidad internacional, representada por sus Gobiernos, instituciones y organizaciones regionales e internacionales —ante todo las Naciones Unidas— debería trabajar de consuno para identificar las raíces del terrorismo, comprender sus causas y esforzarse por encontrar soluciones justas a los distintos conflictos. Para cortar el terrorismo de raíz, privarle de recursos y eliminar sus centros hace falta una acción política internacional basada en la justicia y la igualdad entre los pueblos.

El resentimiento por el uso de dobles raseros es una de las razones que motiva la violencia indiscriminada y organizada bajo el panorama general del terrorismo. Sólo la justicia llevará a la paz y hará que todos los pueblos cobren conciencia de que viven en un orden internacional en el que se respeta a todas las personas y no se discrimina a ninguna. Las civilizaciones son instrumentos que se han construido a partir de la interacción entre culturas y de la amalgamación del conocimiento humano desde que Dios creó este planeta y lo pobló, y seguirán siéndolo hasta que Dios lo reclame con todo lo que hay en él.

El diálogo entre los juiciosos y los sensatos se ha convertido en una necesidad urgente si queremos evitar caer en la perdición. Los acontecimientos del 11 de septiembre han demostrado que determinadas cuestiones históricamente delicadas todavía persisten en el subconsciente de las naciones de Oriente y de Occidente. Nos ha sorprendido la cantidad de fisuras que han aparecido y la manera en que ciertos vestigios del pasado, con el odio consiguiente, han empezado a surgir. También hemos empezado a leer y a oír clasificaciones idiotas de las religiones, las civilizaciones y las culturas.

Aunque no podemos cambiar el pasado, tenemos que trabajar de consuno en aras del futuro. Tenemos que tratar de encontrar una visión cultural ilustrada que ponga de relieve los aspectos positivos de las relaciones internacionales y la contribución de las Naciones Unidas a la construcción del presente y la preparación para el futuro. El mundo también ha cambiado. Los Estados ya no son la expresión pura de una cultura o religión específicas, porque la interacción entre pueblos no reconoce diferencias religiosas y la unidad de la raza humana trasciende las divisiones raciales.

El Reino de Arabia Saudita insta a que se continúe el diálogo entre civilizaciones y a la apertura de las comunicaciones culturales, la comprensión y la cooperación internacional, porque cree en las palabras de Dios:

“¡Hombres! Os hemos creado de un varón y de una hembra y hemos hecho de vosotros pueblos y tribus, para que os conozcáis unos a otros. Para Dios, el más noble de entre vosotros es el que más Le teme. Dios es omnisciente y está bien informado.” (*El Corán, IL:13*)

Los muros de aislamiento, las ideas preconcebidas sobre otros, los epítetos racistas, la burla de los valores, religiones, sectas y creencias de otras personas, los sentimientos de superioridad y el egoísmo odioso no son enseñanzas del Corán. La naturaleza de la humanidad es la exploración, la interacción y la cooperación entre los seres humanos en interés de todos, lo que requiere reconocer los derechos, las creencias y los valores de otros.

Convencido de la importancia del diálogo entre civilizaciones y culturas, el Reino de Arabia Saudita entabló el primer diálogo entre musulmanes y el Vaticano hace más de 25 años. También creó muchos centros culturales e institutos científicos en todo el mundo para que sirvieran de puente entre la cultura Islámica y las demás culturas. El objetivo es profundizar la comprensión y crear una base común de valores y objetivos para potenciar las aspiraciones humanas de paz y cooperación.

El Reino de Arabia Saudita aboga por un diálogo que se base en el respeto mutuo entre culturas diferentes y que no esté sujeto a la historia para garantizar que este diálogo no se limite a cuestiones que no tienen relación alguna con la actualidad. El Reino de Arabia Saudita aboga por un diálogo que cultive e ilustre el intelecto y que se ocupe de cuestiones humanitarias y de la conciencia. Pide soluciones y pactos inspirados por el espíritu de la civilización, basados en la igualdad y la justicia y fundados en valores, ideales y principios.

Arabia Saudita aboga por un diálogo que contribuya a aunar las naciones y eliminar las barreras de la incompreensión, la desconfianza, las ideas falsas y los prejuicios que se han acumulado con el tiempo. Abogamos por un diálogo sensato orientado a racionalizar y controlar la mundialización y a garantizar que ésta no pase de ser un mecanismo que fomenta la interacción entre civilizaciones y culturas y promueve el conocimiento a convertirse en una sola cultura monolítica fundada en las ruinas de otras. La mundialización no



tiene que llevar a la imposición de determinados valores sobre otras personas sin una debida consideración por sus creencias y patrimonio cultural.

Vivimos en un mundo de relaciones, intereses y beneficios interdependientes. Ésta es la razón por la que la humanidad debe cooperar de manera creativa y poner en práctica planes y programas en el ámbito internacional para responder a las amenazas a las que todos nos enfrentamos. Ninguna nación puede desvincularse de los problemas del mundo. Tenemos que trabajar juntos para crear un mundo libre de guerras, conflictos, extremismo y terrorismo, y libre de enfermedad, ignorancia y pobreza —un mundo en el que la justicia y la igualdad imperen para garantizar un futuro mejor y más estable, más humanístico y más próspero para las generaciones venideras.

**Sr. Arrouchi** (Marruecos) (*habla en árabe*): En nombre del Reino de Marruecos, quisiera dar las gracias al Secretario General, Sr. Kofi Annan, a su Representante Personal, Sr. Giandomenico Picco, al Grupo de Personalidades y a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), por sus esfuerzos incansables por promover y fortalecer la idea de un diálogo entre civilizaciones.

También quisiéramos dar las gracias a la delegación de la República Islámica del Irán, que, con gran eficacia y éxito, ha dirigido los trabajos del grupo de expertos encargado de elaborar el proyecto de Programa de Acción para el diálogo entre civilizaciones, al que Marruecos se suma.

El principio del diálogo es uno de los dogmas fundamentales de la sociedad islámica, que siempre ha sido partidaria del entendimiento y la apertura entre los pueblos. Como dijo el Todopoderoso,

“¡Hombres! Os hemos creado de un varón y de una hembra y hemos hecho de vosotros pueblos y tribus, para que os conozcáis unos a otros.”  
(*El Corán, IL:13*)

Nuestra Organización nació de un diálogo constructivo entablado hace 56 años entre muchas naciones, que representaban a distintas civilizaciones. Estas naciones se declararon decididas a proteger a las generaciones futuras de la lacra de la guerra, a hacer gala de tolerancia y a coexistir pacíficamente unas con otras en un espíritu de convivencia. Esos nobles objetivos sólo pueden conseguirse mediante la promoción de una cultura de diálogo entre civilizaciones, un diálogo que

ahora es más necesario que nunca, debido a la mundialización, que pone de manifiesto cada vez más la profundidad y la complejidad de la diversidad humana en todos sus aspectos.

La creencia inquebrantable del Reino de Marruecos en el carácter beneficioso del diálogo se basa en su historia de relaciones internacionales. De hecho, como subrayó Su Majestad el Rey Mohammed VI en su mensaje a los participantes en el Simposio Internacional sobre el Diálogo entre Civilizaciones en un Mundo en Proceso de Cambio, organizado por la Organización Islámica para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Marruecos siempre ha sido y sigue siendo una encrucijada de tolerancia y coexistencia, un refugio de comprensión y un punto de partida para la creación de canales de comunicación desde el punto de vista de las civilizaciones y las culturas entre distintas sociedades, independientemente de la diversidad de sus religiones y creencias y sus muchos orígenes diferentes.

La situación geográfica particular de Marruecos, que lo convierte en un punto de contacto entre Europa, el mundo árabe y el África subsahariana, ha determinado en gran medida la identidad del país. El épico período andalusí de nuestra historia forma parte de nuestro espíritu. Marruecos desempeñó una función importante en el período histórico del siglo XII al siglo XV, durante el cual las religiones divinas se comunicaron como nunca lo habían hecho antes y la ciencia y las artes conocieron un apogeo sin precedentes en la región mediterránea. El legado andalusí se puede ver en los manuscritos y la arquitectura de Marrakech y Fez, así como en los de Sevilla, Córdoba y Granada.

Los árabes también sirvieron de enlace con la civilización occidental puesto que supieron conservar y desarrollar la tradición grecorromana, y la enriquecieron y la transformaron al transmitirla a Europa, donde contribuyó al gran período del Renacimiento.

Todas las culturas se alimentan de otras culturas y de su entorno. Se nutren y florecen a partir de esos contactos y de la apertura. También sabemos que, como en el caso de las personas, cuando los países se cierran en sí mismos, es como si hubieran muerto o desaparecido. Es esencial que la sociedad acepte y proteja las libertades individuales y la diversidad de opiniones y que respete las diferencias. Todo diálogo debe verse apoyado por una afirmación de la tolerancia, incluso si ello crea un desorden aparente —si bien controlado.

Es verdad que la existencia de distintos sistemas políticos y sociales significa que la libertad y la democracia puede que no sean idénticas en cada país. Sin embargo, hay una base de principios fundamentales de los derechos humanos, supervisados por la comunidad internacional, que protege la integridad física y la dignidad de las personas y que todos los países deben respetar.

El diálogo entre civilizaciones se basa en el respeto por los derechos humanos básicos. Sin embargo, no puede desarrollarse a menos que se tenga plenamente en cuenta la relatividad y la diversidad de criterios humanos y se abandone toda pretensión, al determinar modelos culturales, de jerarquizar los criterios, los recuerdos y los sentimientos que la historia ha forjado a lo largo de los siglos.

Al tratar de consolidar y proteger su propia cultura, determinados grupos han creado la idea de una amenaza externa, y han tratado de sustituir la guerra fría por el concepto de choque entre civilizaciones. El proceso de desarrollo de ese punto de vista simplista, que hace burla de la historia y la antropología, ya se ha iniciado. No obstante, cabe señalar que hoy en día ese punto de vista lo defienden tan sólo algunos grupúsculos de extremistas.

Hay otros que quisieran aprovecharse de las actividades extremistas para juzgar a una religión o civilización concretas. Esas tentativas son inadmisibles, porque van encaminadas a resucitar viejos chauvinismos y discordias que creíamos extintos.

No debemos olvidar que los valores universales que nos unen, y que son el fundamento de las Naciones Unidas, también han proscrito la idea de culpa colectiva, responsabilidad colectiva y castigo colectivo.

Un grupo social entero puede verse arrastrado por un arrebato, pero quien es responsable penalmente ante la ley es el individuo.

He puesto el ejemplo de Andalucía, pero podría haber mencionado también el extraordinario papel que desempeñó el África subsahariana en la renovación del arte moderno en el siglo pasado. Por ello, la aceleración de la mundialización en los últimos 10 años no debe traer consigo la uniformidad ni la homogeneización del mundo. Compete a la comunidad internacional velar por que la apertura del comercio y de las fronteras económicas se lleve a cabo con el debido respeto por la diversidad cultural que presenta el mundo en la actualidad, que constituye y encarna toda su riqueza y belleza.

El diálogo de culturas exige que se abandonen las actitudes hegemónicas, tanto a nivel mundial como regional. La mejor manera de lograr que haya un diálogo fecundo entre civilizaciones es mediante la cooperación entre los Estados y la posibilidad de que las culturas locales puedan expresarse y gestionar sus asuntos dentro de los Estados. Un pueblo que oprime a otro pueblo no puede considerarse como libre de coacciones, ya que se sitúa irremediabilmente en una dialéctica entre el amo y el esclavo, relación que, a la larga, esclaviza tanto al amo como al esclavo.

Esperamos que este año 2001, Año del Diálogo entre Civilizaciones, que se ha visto marcado por la tragedia del 11 de septiembre así como por el agravamiento de la situación en el Oriente Medio y por la intensificación de la desesperación y la penuria de los palestinos, conduzca a la adopción de medidas concretas que permitan no solamente eliminar el terrorismo sino también devolver la esperanza a los niños palestinos oprimidos por el peso de la violencia, las dificultades y la negación cotidiana de su cultura.

Marruecos tiene el convencimiento de que nuestra Organización es el órgano en el que nuestro diálogo puede prosperar y dar frutos en todos los ámbitos de la actividad humana. Habida cuenta de que el diálogo entre civilizaciones es un proceso encaminado a fomentar la inclusión, la equidad, la justicia, la igualdad y la tolerancia entre las civilizaciones y dentro de ellas, Marruecos está resuelto a contribuir, tanto a nivel regional como internacional y a fortalecer la confianza y la reconciliación con miras a construir, gracias a nuestra voluntad colectiva, un mundo nuevo, donde toda la humanidad pueda vivir en amor y armonía, que esté inspirado por principios pacíficos basados en la justicia y la equidad y en la restitución de los derechos inherentes de los individuos de conformidad con el derecho internacional, que es el mejor garante de la paz y la estabilidad de las naciones.

**Sr. Mubarez (Yemen)** (*habla en árabe*): Ante todo, deseo expresar la satisfacción de la delegación del Yemen por el sensible aumento del interés en torno al tema del diálogo entre civilizaciones. Ello refleja una toma de conciencia colectiva sobre las lecciones aprendidas en el siglo pasado, que estuvo plagado de guerras y tensiones. En un intento de cimentar las relaciones internacionales en la justicia, la confianza y el respeto mutuo mediante el diálogo y la democracia de palabra y obra, la resolución 53/22 de la Asamblea General, en la que se declara este año Año de las Naciones Unidas

del Diálogo entre Civilizaciones, constituyó una medida necesaria para que podamos aprovechar las ventajas de las tendencias positivas que se han registrado tras la guerra fría y del impulso de la mundialización y sus mecanismos y para que aumente la cooperación internacional en la búsqueda colectiva de respuestas a los problemas económicos y sociales que enfrentamos en los albores del siglo XXI.

Los ataques terroristas del 11 de septiembre han puesto de relieve la urgente necesidad de intensificar el diálogo y el intercambio de ideas no sólo para poner fin al terrorismo sino también para eliminar todas las fuentes de conflicto y tensión en el mundo. No cabe duda de que los acontecimientos del 11 de septiembre han hecho que la erradicación del terrorismo se convierta en una prioridad de los esfuerzos colectivos tanto dentro como fuera de las Naciones Unidas. El terrorismo en todas sus formas no solamente representa un peligro para la seguridad y la estabilidad de algunos países, sino que también fomenta la confrontación y la división entre los individuos y los pueblos e impide el desarrollo y el progreso. Por este motivo es importante intensificar los esfuerzos para impulsar el diálogo entre civilizaciones. Como afirma el Secretario General en el párrafo 19 de su informe,

“Un diálogo entre civilizaciones no es sólo una respuesta necesaria al terrorismo sino, de muchas formas, su némesis (...) si el terrorismo se basa en una visión del mundo excluyente y beligerante, el diálogo trata de promover la inclusión y aceptación de la idea de que la verdad no pertenece a ningún grupo solo.”

Mi delegación toma nota con satisfacción de las actividades que se han realizado hasta el momento. En el informe del Secretario General queda claro que esas actividades han contribuido en gran manera a que cristalicen los principios básicos de la cooperación y el entendimiento internacionales mediante el respeto y la tolerancia mutua. En este sentido, agradecemos el papel desempeñado por el Presidente Khatami, quien señaló a la atención de todos la importancia del diálogo entre civilizaciones.

A lo largo de su historia, el Yemen ha sido un punto de contacto geográfico, cultural y civilizaciones entre Asia y África y ha sido siempre un centro comercial, tanto en verano como en invierno. Mi país ha obrado siempre en pro de la apertura hacia otras culturas y civilizaciones a través de sus medios de comuni-

cación, sus programas especiales y sus planes de enseñanza. También hemos celebrado varios simposios en centros de investigación en los dos últimos años con ese mismo propósito.

No obstante, esos conceptos y comunicaciones comunes —en particular teniendo en cuenta que el Secretario General ha indicado que debemos utilizar los medios de comunicación tradicionales y la educación— y la ayuda requerida para formar una opinión pública entre los ciudadanos como seres individuales, especialmente entre los jóvenes, hacen que se requiera una estrategia a largo plazo. Lo que a nuestro juicio reviste más importancia es instar a las personas que trabajan en los medios de comunicación a que desempeñen un papel más importante, puesto que tienen una gran influencia en la opinión pública y en la adopción de decisiones en política exterior.

Lamentablemente, tras los atentados terroristas del 11 de septiembre algunos periodistas se apresuraron a vincular el terrorismo internacional con los musulmanes y con el Islam. Esto desafía a toda lógica y no hace sino alimentar el concepto equivocado de choque entre civilizaciones y culturas en la era de la mundialización y de la democracia universal. Esto hace que tengamos que redoblar los esfuerzos por abrir canales para el diálogo y alentar la apertura y el respeto por el pluralismo y la diversidad étnica y cultural. La humanidad ya ha padecido bastante a causa de la intolerancia, de las diferencias étnicas y religiosas y de los sentimientos de superioridad.

Para concluir, debemos fomentar este diálogo entre civilizaciones apoyando el proyecto de resolución que tenemos ante nosotros. Mi país se enorgullece de encontrarse entre los patrocinadores de dicho proyecto.

**Sr. Valdés (Chile):** Es posible que nunca como ahora en la historia de esta Organización haya sido más importante hablar de la humanidad utilizando la categoría de las civilizaciones. Porque hoy, tal como en otras épocas oscuras de la historia, se ha intentado justificar la violencia en nombre de la defensa de la cultura y se han cometido crímenes horrendos utilizando el nombre de Dios.

Eso es lo que nos motiva hoy día a contemplar la pluralidad de nuestras memorias y creencias colectivas y a proclamar en esa diversidad nuestra riqueza, así como en los valores de la tolerancia, la libertad y el respeto por los derechos humanos universales, lo que nos une.

Chile celebra este diálogo. Agradecemos la iniciativa del Presidente Khatami y de la República Islámica del Irán al promover esta iniciativa. Nos inspira, al igual que a todos, la esperanza que estos encuentros, multiplicándose en el tiempo y creciendo a través de distintos continentes, contribuyan a impedir que millones de personas extravíen el sentido humano, olvidando que toda cultura es vida y hay un Dios que es dador de toda vida en esta tierra.

Entendemos este debate como diferente a las cuestiones de poder y prestigio entre naciones que normalmente nos ocupan. Son otros los espacios en esta Organización para esos afanes. Vemos en cambio un gran valor en que las Naciones Unidas emprendan una reflexión a este nivel. Tal como lo señala el Secretario General en su informe, —que agradecemos—, consideramos a las Naciones Unidas como:

“... el hogar natural del diálogo entre civilizaciones; el foro donde ese diálogo puede florecer y fructificar en todas las esferas del empeño humano.” (A/56/523, párrafo 15)

Por ello, quisiéramos compartir en esta casa común las que consideramos nuestras verdades primarias, observando críticamente nuestras culturas y reconsiderando al mismo tiempo el valor, tanto de lo que nos es propio, como de lo que no lo es. En verdad, deseamos armamos del espíritu que nos permita admirar la humanidad que existe en aquello que nos es ajeno.

Quisiéramos declarar, por consiguiente, que valoramos la tolerancia como la mayor riqueza de la humanidad, la esencia misma de nuestra naturaleza humana, la facultad que nos permite reconocer el carácter específico e incommensurable de todas las culturas.

Nosotros, latinoamericanos, que venimos de esa mezcla extraordinaria que se ha producido entre los habitantes de la península ibérica —formada por godos, árabes, lusitanos, catalanes, vascos y judíos— con las razas autóctonas de nuestra tierra milenaria americana, no podríamos desconocer la riqueza de la pluralidad y el dolor de la intolerancia, tan regada por ellas ha sido nuestra propia historia.

Hoy mismo, al considerar el vertiginoso avance de la globalización y la forma como —gracias a la más fenomenal revolución tecnológica— ella ha aproximado a hombres y mujeres a través de culturas y geografía antes remotas unas de otras, no podemos sino reconocer que nada de esa magnitud había sucedido a la espe-

cie humana desde el propio descubrimiento de América, y del enorme y doloroso encuentro de razas y culturas que éste significó.

Tal como en 1550, cuando el emperador Carlos V convocara a la controversia de Valladolid, hoy seguimos contemplando la discrepancia entre quienes ven el mundo como lo viera entonces Ginés de Sepúlveda, fundamentado en el principio de la desigualdad, con rangos, niveles jerárquicos y órdenes distintos, y quienes lo vemos como lo vislumbrara Bartolomé de las Casas, el que protegió a los indios americanos, declarando que en ningún lugar de la tierra existen seres humanos de los que se tenga derecho a afirmar que no son hombres, o que requieren, por su misma naturaleza o en su propio interés, ser puestos bajo tutela. Fue Bartolomé de las Casas, quien percibió que entre la unidad que establece la verdad y la diversidad que manifiestan los hombres se había establecido una relación sin precedentes. Declaró que ya no era el error lo que era múltiple, sino que, por el contrario, la multiplicidad de las formas religiosas y de las expresiones culturales era precisamente lo que reflejaba la universalidad de la religión y la identidad esencial de la especie humana.

Por eso, quienes nos incorporamos hoy a la globalización, deberíamos hacerlo con la misma mirada abierta del Padre Bartolomé de las Casas. Conocemos las ventajas y los riesgos de sumarnos a esta gigantesca multiplicación de comunicaciones, de productos y tecnologías, de flujos comerciales y financieros transnacionales. Sabemos además que no hay alternativa, ya que la autarquía no es ni mejor, ni posible.

Pero no debemos hacerlo poseídos por la obsesión de imponer una verdad única basada en la idolatría de la ciencia, o arrastrados por un embotamiento tecnológico que nos hace trivializar la imagen que tenemos de nosotros mismos y acentuar el adelgazamiento espiritual que exhibe el hombre contemporáneo. No es posible olvidar que esta vertiginosa integración, de extraviar el sentido espiritual del ser humano, se transforma en un camino temerario de destrucción sistemática de raíces, en un experimento general de desarraigo que, tal como ha dicho el papa Juan Pablo II dirigiéndose a este mismo diálogo, constituye una vía

“inspirada en una aproximación al mundo marcado por la secularización y el ateísmo práctico y por patrones de individualismo radical, ... que, sostenida por poderosas campañas de comunicación, propaga estilos de vida, programas económicos y

sociales y, en el último análisis, una visión global que erosiona desde adentro a otras estimables culturas y civilizaciones.”

Digámoslo claramente: por demasiadas veces nuestra civilización occidental, con toda su riqueza y magnificencia, ha mirado al mundo a su alrededor como si fuera diáfano. Lo mira pero no lo ve y crea categorías creyéndolas universales, a las que se somete como si fuesen divinas, sólo para enterarse, mediante catástrofes, que ellas están plagadas de incertidumbre y de precariedad.

Por eso, nuestro diálogo, el que impulsamos hoy, debe ser visto ante todo como un ejercicio de humildad.

La triada de la modernidad occidental de la libertad, la igualdad y la fraternidad extravió hace tiempo su último componente. Es esa fraternidad la que quisiéramos redescubrir en este diálogo entre culturas.

Es a ella que nos invita el Artículo 1 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos cuando pide que actuemos unos con otros con un espíritu de fraternidad.

Estamos en las Naciones Unidas y somos miembros de ellas porque no podemos tolerar la idea que el avance de la modernidad tenga como fatal desenlace la construcción de un planeta de trincheras y fortalezas en el que un mundo de elites globalizadas llenas de aparatos se protegen de un mundo de marginales armados sólo de sus creencias. Nuestro diálogo debe contribuir, por lo tanto, a construir bases de principios destinados a evitar las profecías autocumplidas de una ciencia neomalthusiana que ofrece, ya sea la imitación imposible de patrones de crecimiento y gasto inalcanzables para una mitad de la humanidad, o decreta que por ubicación geográfica, riqueza, cultura, educación o la falta de ella, la mitad del planeta está destinada irremediablemente a quedar excluida del progreso.

Pero hoy, sobre todo, debemos enfrentar el odio. Nuestro diálogo sobre lo que nos hace diversos se origina en la reafirmación, tantas veces repetida en esta sala, de que todos los derechos humanos son universales, indivisibles, interdependientes e interrelacionados y de que es el deber de los Estados, cualesquiera que sean sus sistemas culturales, económicos y políticos, promover y proteger todos los derechos humanos y las libertades fundamentales. Nada puede hacer más difícil este compromiso que el crecimiento de una espiral de odio transmitida por generaciones, inculcada a nuestros hijos y encarnada como verdad absoluta en las mentes infantiles.

Por esa razón, y para que este diálogo muestre avances concretos, pequeños, pero de hondo significado, nos permitimos con modestia proponer que todos los que hemos suscrito el valor de estos encuentros acordemos eliminar progresivamente de aquellos textos en los que estudian nuestros niños, ya sean ellos de religión o de historia, todos aquellos conceptos que retratan al otro como enemigo, que restan dignidad humana al que es diferente, al que participa de otro credo, o tiene otra nacionalidad.

Nada puede ser más importante que promover este camino en el terreno de la enseñanza religiosa. Tal como dijera hace pocas semanas Václav Havel, al dirigirse en la catedral de San Vito de Praga a los representantes de las religiones mundiales, parece haber llegado el momento de crear una gran coalición espiritual, que ensanche los esfuerzos de cooperación de las religiones del mundo y sus esfuerzos conjuntos por enfrentar a las fuerzas de la destrucción en nombre del respeto por la vida y la dignidad humana. Cumpliríamos así lo que dice el Dios de la Biblia a su pueblo, y a través de Él a todos los hombres, cuando proclama: “Regla absoluta para vuestras generaciones: vosotros y el extranjero seréis iguales ante el Ser Eterno”.

Chile se haya dispuesto a promover en nuestra región y fuera de ella los encuentros de pensadores e intelectuales, de líderes religiosos y políticos que difundan la tolerancia y el respeto por todos. Es nuestro ferviente deseo que este año no marque sólo el punto más álgido del dolor y la ira, sino que sea recordado en el futuro como el momento en el cual se dio inicio a una reflexión global sobre el curso de las civilizaciones.

**Sra. Jarbussynova** (Kazajstán) (*habla en inglés*): Ante todo, quiero dar las gracias a la República Islámica del Irán por haber iniciado este debate en la Asamblea General.

En su resolución 53/22, la Asamblea General proclamó el año 2001 como Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones, reconociendo así los distintos logros alcanzados en la civilización. Al materializar el pluralismo cultural y la diversidad creativa de la humanidad, puso de relieve la importancia del diálogo como medio de lograr la comprensión, de eliminar las amenazas a la paz y de fortalecer la interacción y el intercambio entre civilizaciones.

La mundialización, que está dando forma al nuevo orden mundial, ha fomentado el enriquecimiento mutuo de las civilizaciones y creado nuevas oportunidades para el intercambio cultural. La tecnología moderna, que ha

avanzado rápidamente a lo largo del decenio pasado, ha puesto en contacto más estrecho a muchas partes del mundo.

En un mundo en rápida evolución, enfrentamos los desafíos que representan una grave amenaza para la diversidad creativa del mundo: los conflictos étnicos y la xenofobia, el racismo y la discriminación, los prejuicios y la intolerancia. Cabe señalar que muchos de los problemas que enfrentamos hoy han surgido como consecuencia de las diferencias entre naciones. Tenemos que aprender a respetar el patrimonio cultural, las costumbres y las tradiciones de cada nación, y eliminar el odio, la ignorancia y la desconfianza.

El año 2001 es particularmente importante para el pueblo de Kazajstán. Celebramos el décimo aniversario de nuestra independencia. Los últimos 10 años han constituido una etapa de transformación y consolidación de nuestro Estado en una sociedad democrática. Hemos proclamado la creación de una sociedad humanitaria con los mismos derechos para todos los ciudadanos y todas las nacionalidades de Kazajstán.

Mi delegación comparte la opinión del director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), Sr. Koichiro Matsuura, en el sentido de que el diálogo debe comenzar a nivel interno. Mi país tiene una historia singular, ricas tradiciones y una cultura diversa. Kazajstán es una sociedad multiétnica y pluriconfesional. Con una mezcla potencialmente explosiva de 130 nacionalidades, hemos aprendido a vivir en paz, sin disturbios internos y sin conflictos.

El Presidente y el Gobierno de Kazajstán alientan el diálogo intercultural de todas las maneras posibles. Las recomendaciones de la Asamblea de los Pueblos de Kazajstán, un órgano no gubernamental amplio integrado por representantes de todas las minorías de Kazajstán, se tienen en cuenta al nivel de toma de decisiones. Este órgano fue establecido por un decreto del Presidente hace 10 años para impedir los conflictos interétnicos y fomentar el diálogo entre todos los ciudadanos y todas las nacionalidades de Kazajstán. Salvaguardamos la libertad de cultos para todos los pueblos: musulmanes, rusos ortodoxos, protestantes y católicos. Una visita efectuada por el Papa a mi país en el pasado de mes de septiembre constituyó un acontecimiento importante para todas las culturas de Kazajstán. Esa visita, que sirvió como un vivo ejemplo de enfoque equilibrado con respecto a todas las religiones, promovió el

diálogo entre culturas y representó comprensión, tolerancia y respeto mutuo.

En el mundo de hoy arrasado por los conflictos, la estabilidad y la tolerancia internas que hemos construido constituyen nuestro logro más importante. Seguiremos haciendo todo lo posible para preservar valores tales como la armonía interétnica y la multiplicidad de culturas y costumbres de los distintos grupos étnicos que constituyen el pueblo de Kazajstán.

El diálogo entre civilizaciones es un instrumento importante para que culturas distintas encuentren su lugar en este mundo tan complejo. Cada cultura debería cultivar en su propio seno valores de respeto por las otras culturas. Esto es sumamente importante a la luz de los acontecimientos recientes. Mi delegación ha subrayado en repetidas ocasiones que no tenemos que condenar a todos los musulmanes y árabes por los ataques terroristas. La gran mayoría de la gente no apoya el extremismo religioso. Debemos oponernos a quienes culpan a la religión del Islam, que es utilizada por elementos criminales para justificar sus actos terroristas que se cobran la vida de personas inocentes. El Islam es una religión de paz que aboga en favor de la coexistencia, la tolerancia y el respeto entre los pueblos y prohíbe la matanza de inocentes. Como destacó con acierto el Secretario General, ninguna religión, ningún pueblo y ninguna religión deberían convertirse en blanco como consecuencia de los actos de personas a título individual.

El Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones puede ayudar en gran medida a impedir conflictos en los niveles local, nacional e internacional reduciendo la falta de comprensión y la desconfianza y sentando las bases de una solución no violenta de las controversias. El diálogo entre civilizaciones constituye una oportunidad excelente para que la comunidad internacional realice esfuerzos conjuntos destinados a consolidar el pluralismo y la democracia y a luchar contra el terrorismo, la violencia, la intolerancia y otros fenómenos peligrosos que amenazan a todas las civilizaciones. Consideramos que las Naciones Unidas desempeñarán un papel importante en este proceso. Permítaseme reiterar que mi país está dispuesto a contribuir en este empeño.

**Sr. Lavrov** (Federación de Rusia) (*habla en ruso*): En su discurso dirigido a los estudiantes del Instituto Estatal de Moscú para las Relaciones Internacionales, el Presidente de la República Islámica del Irán, Sr. Mohammad Khatami, recordó la frase según la cual

Alexander Pushkin es el alma del pueblo ruso. En Rusia, siempre amaremos a Pushkin. Lo amaremos por alabar la libertad y pedir piedad para los caídos en momentos difíciles. Esas palabras abarcan la esencia de la cultura espiritual de Rusia. La libertad, la piedad y la compasión son la esencia de todas las grandes civilizaciones. Si se les eliminara, las civilizaciones se convertirían simplemente en barbarie.

El 31 de mayo de 2001, en el marco del tema de su programa titulado Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones, la Asamblea General aprobó una resolución en la que condenó por unanimidad la demolición de lugares religiosos. De esa manera, la comunidad de naciones negó a esos actos de barbarie el derecho de llamarse parte de la civilización. En septiembre de este año, los vándalos ya no sólo destruían monumentos religiosos y estatuas históricas, sino también vidas y destinos humanos. En el siglo XXI, el vandalismo se ha revelado ante el mundo en la forma de intolerancia, extremismo y terrorismo. Como subrayó el Presidente de Rusia, Sr. Vladimir Putin:

“Los terroristas se trazan solo un objetivo: destruir los cimientos y los valores de la civilización moderna. Al mismo tiempo, no están acostumbrados a respetar ningún tipo de ley ni de ética y, de la forma más impúdica y violenta, destruyen esas normas.”

Para justificar su violencia, los terroristas suelen invocar la historia, la religión y otros nobles temas. No obstante, como señaló el Representante Personal del Secretario General para el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones, Sr. Giandomenico Picco, “La historia no mata. La religión no viola mujeres. La pureza de la sangre no destruye edificios”. Eso lo hacen quienes rechazan la historia, pervierten la religión y buscan el enfrentamiento entre las naciones y las culturas. Debemos responder a ello con valentía moral.

En la Declaración de Teherán, aprobada en el Simposio Islámico sobre el Diálogo entre Civilizaciones, celebrado del 3 al 5 de mayo de 1999, se habla de la necesidad de regirse por las nociones de “dignidad humana y la igualdad, la tolerancia, la paz y la justicia para toda la humanidad, y la promoción de la virtud y la proscripción del vicio y del mal” (A/54/116, anexo)

Por esos principios, los dirigentes de los musulmanes rusos adoptaron una iniciativa para convocar en Moscú una conferencia internacional titulada “El Islam se opone al terrorismo”.

Rusia tiene una experiencia singular en lo que respecta a la coexistencia de grandes culturas y religiones. Su interacción y enriquecimiento mutuo es la base de nuestra nacionalidad. El oriente y el occidente, Europa y Asia, se han unido en un amplio espacio comprendido entre los océanos Atlántico y Pacífico. Por ello, coincidimos plenamente con los principios del diálogo y la tolerancia, que deben prevalecer, no sólo en la coyuntura entre civilizaciones, sino dentro de ellas.

Son ciertas las palabras del Secretario General en el sentido de que:

“Sin ese diálogo cotidiano entre todas las naciones —dentro de las civilizaciones, culturas y grupos, y entre todos ellos— ninguna paz podrá ser duradera y ninguna prosperidad estar segura.” (A/56/523, párr.15).

También coincidimos en que hablar de una civilización cristiana, musulmana o budista sólo significa crear fronteras donde no existe ninguna. En los últimos tiempos, nuestro país ha venido prestando particular atención al establecimiento de una mentalidad tolerante en nuestra sociedad. Hace poco completamos un proyecto en gran escala, “cultura de paz en Rusia – Año 2000”. En agosto de este año, el Gobierno de Federación de Rusia aprobó un programa federal titulado “La formación de una base para una mentalidad tolerante y para la prevención del extremismo en la sociedad rusa”. Prácticamente, todas las regiones del país han contribuido a la celebración del Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones. Es alentador observar que en el grupo de personas eminentes, creado por el Secretario General, participa un coterráneo nuestro, el Profesor Sergey Kapitzin.

En el informe del Secretario General sobre el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones se toma especial nota del papel desempeñado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), en particular, en la puesta en práctica de este año. Es notable que hace algunos días, el 2 de noviembre, en la 31ª reunión de la Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) se aprobó la Declaración universal sobre diversidad cultural. Es importante tomar nota de que las disposiciones de esta Declaración, redactada con la participación activa de mi país, se encaminan a asegurar el respeto de la diversidad cultural, la tolerancia y el diálogo como requisitos necesarios para la paz y la seguridad.

La idea de un mundo ruso siempre ha rebasado las fronteras geográficas, e incluso las fronteras del espíritu ruso. Hoy día, la comunidad rusa es la quinta más grande del mundo. Decenas de millones de personas que hablan, piensan y —quizás lo que es más importante— sienten en ruso viven ahora en países que no son la Federación de Rusia. Nuestra tarea principal es preservar la cultura nacional, ayudar a nuestros compatriotas a defender sus derechos humanos y protegerlos contra la discriminación. Ese fue el centro de la atención del Congreso de Compatriotas celebrado recientemente en Moscú. El logro de este objetivo es consonante con la filosofía del diálogo entre civilizaciones, a saber, la promoción de la tolerancia y el respeto de la diversidad.

El concepto de “Naciones Unidas” también entraña el de “civilizaciones unidas”. Diferimos en latitudes geográficas, zonas horarias, idiomas, experiencias históricas y tradiciones culturales. No obstante, los pueblos de las Naciones Unidas tienen una aspiración común: salvar a las generaciones futuras del flagelo de la guerra, reafirmar la fe en los derechos humanos fundamentales y promover el progreso social y mejores niveles de vida en el contexto de una mayor libertad.

Ante los nuevos retos y amenazas, es necesario fortalecer el papel de las Naciones Unidas como instrumento indispensable para la intensificación del diálogo en todas partes, a fin de mantener la paz y la seguridad internacionales y establecer un orden mundial no violento y democrático. Una garantía de éxito en este sentido es la igualdad de todos los Estados Miembros con respecto a la Carta y a los demás principios y normas fundamentales del derecho internacional.

La tarea de promover un diálogo equitativo entre las civilizaciones se torna aún más urgente en el contexto de la mundialización. La mundialización no debe significar uniformidad ni ajuste a determinadas normas y parámetros. Necesitamos diversidad. En su memoria sobre la labor de la Organización, el Secretario General instó a hacer de la mundialización un proceso amplio y equitativo. Un proceso equitativo requiere, en particular, la erradicación de la pobreza. El Presidente Putin ha dicho que, a menos que se resuelva el problema de la pobreza, no será posible resolver el de la tensión en el mundo. En Rusia decimos que a un hombre bien alimentado le es difícil entender a uno hambriento. En aras del diálogo, la comprensión y la estabilidad en el mundo, es necesario liberar al mundo del hambre, las enfermedades, la discriminación y las hostilidades. La

erradicación de estos flagelos es esencial para unir a los pueblos, las civilizaciones, las religiones y las culturas.

En este período de sesiones de la Asamblea General, Rusia fue uno de los primeros en sumarse a los patrocinadores del proyecto de resolución titulado “Programa mundial para el diálogo entre civilizaciones”. En ese programa se esboza la dimensión humana de las actividades de la comunidad de naciones: tolerancia mutua, en lugar de hostilidad; cooperación, en lugar de alienación; y pluralismo en lugar de dictadura. Esos son los puntos de partida para las Naciones Unidas al comenzar esta nueva era.

Es notable que el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones haya coincidido con el primer año del nuevo siglo. Ahora tenemos la obligación de fortalecer y fomentar este diálogo de todas las formas posibles. De lo contrario, si se interrumpe, heredaremos lo que fue previsto —también por Pushkin— como “una era terrible y corazones terribles”.

**Sr. Enlhaikhan** (Mongolia) (*habla en inglés*): Para comenzar, quiero sumarme a los oradores que me antecedieron para expresar nuestro agradecimiento al Secretario General por el informe sobre este tema. Asimismo, quiero aprovechar esta oportunidad para expresar nuestro agradecimiento a la delegación de la República Islámica del Irán por su importante y oportuna iniciativa.

En realidad, es oportuno que la Asamblea General examine este tema en el día de hoy, cuando el mundo aún está consternado por los ataques terroristas del 11 de septiembre, que mostraron lo peor de la humanidad, en tanto el diálogo procura fomentar y promover lo mejor de ella. Mi delegación coincide plenamente con el Secretario General, quien dijo en su informe que:

“Un diálogo entre civilizaciones no es sólo una respuesta necesaria al terrorismo sino, de muchas formas, su némesis. Si el terrorismo trata de dividir a la humanidad, el diálogo se propone unirnos; si el terrorismo se basa en una visión del mundo excluyente y beligerante, el diálogo trata de promover la inclusión y aceptación de la idea de que la verdad no pertenece a ningún grupo solo. Si el terrorismo trata de hacer de nuestra diversidad una fuente de conflictos, el diálogo puede ayudar a hacer de esa misma diversidad la base del mejoramiento y crecimiento.” (A/56/523, párr.19)



La importancia de nuestras deliberaciones aquí, en el día de hoy estriba, no sólo en que el tema es sumamente importante, sino también en que su examen en este órgano representa en sí una forma de diálogo entre diferentes civilizaciones. Estas deliberaciones nos demostrarán que el diálogo y el intercambio de ideas pueden hacer una contribución valiosa a un mayor conocimiento y una mejor comprensión de nuestro legado común y nuestros valores compartidos. Asimismo, el diálogo refleja la voluntad decidida de los Estados Miembros de presentar un nuevo enfoque común basado en nuestro entendimiento mutuo. Por ello, la comunidad internacional debería seguir trabajando para promover una norma en materia de interacción y relaciones entre las naciones sobre la base del diálogo, la cooperación y el respeto mutuo. Este diálogo es esencial si estamos de acuerdo en que queremos lograr uno de los objetivos principales de las Naciones Unidas: la prevención de conflictos futuros.

En noviembre de 1998, la Asamblea General aprobó la resolución 53/22, en virtud de la cual proclamó que el año en curso sería el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones. Nos complace observar que la idea de celebrar un diálogo entre civilizaciones ha sido bien acogida y ha estimulado una amplia participación en todo el mundo. Como se indicó en el informe del Secretario General, las instituciones académicas y gubernamentales, las organizaciones no gubernamentales y las organizaciones internacionales han venido participando activamente en las actividades de este Año y han llevado a cabo una importante serie de conferencias, seminarios e investigaciones sobre el tema, lo que ha aunado a una diversidad de grupos de la sociedad civil. Tomamos nota con agradecimiento de que la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) ha contribuido sobremanera a fomentar el interés de los Estados Miembros en este Año y que, en su estrategia de mediano plazo para 2002-2007, ha seleccionado el diálogo entre civilizaciones como su objetivo estratégico.

Hemos conocido con sumo interés que el resultado de la obra colectiva, preparada por el Representante Personal del Secretario General para el Año, junto con el Director General de la UNESCO y el grupo de personas eminentes, titulada *Crossing the divide: Dialogue among Civilizations*, fue presentada recientemente al Secretario General. Deseamos sinceramente que este libro esté pronto a disposición de todos los Estados Miembros, ya que esperamos que contribuya de forma

marcada a nuestros esfuerzos renovados a todos los niveles para alentar y fomentar el diálogo entre las diferentes civilizaciones en los años futuros.

Como en muchos países, en Mongolia se ha iniciado una serie de encuentros y actividades para observar y apoyar el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones. Entre éstas, deseo señalar, por su importancia, el Simposio internacional sobre el diálogo entre civilizaciones: interacción entre las culturas nómadas y otras cultas de Asia central, que fue organizado por el International Institute for the Study of Nomadic Civilizations, radicado en Mongolia. El simposio se celebró en Ulaanbaatar, en agosto del año pasado, con la participación de 120 especialistas de diferentes países. En él se arrojó luz sobre la interacción histórica y contemporánea entre las culturas y las civilizaciones. Como dijo el Director de la División del Diálogo Intercultural de la UNESCO en su mensaje a los participantes en el Simposio: “Es de esta forma, mediante el descubrimiento de un patrimonio común y de valores compartidos, que puede favorecerse la convergencia positiva entre las culturas”.

Vivimos en un mundo singular y diverso. En este mundo, los diálogos e intercambios activos y mutuamente enriquecedores entre las civilizaciones son de gran importancia, no sólo para explorar los ricos legados mutuos, sino también para predecir el futuro. En los últimos años, mi país, Mongolia, que hoy se considera el centro clásico de la civilización nómada, no ha escatimado esfuerzos para profundizar aún más los estudios sobre los diversos aspectos de la civilización nómada, su influencia sobre otras civilizaciones y su interacción con ellas. De esta forma, la capacidad de los nómadas para adaptarse a la naturaleza y vivir en completa armonía con ella, el nomadismo pastoril y sus diferentes técnicas y formas de proteger y utilizar la tierra de modo sostenible, pudieran ser de particular interés y uso en la adopción de nuevas medidas encaminadas a proteger y preservar nuestra naturaleza y medio ambiente comunes.

Vivimos en tiempos de una “mundialización creciente”. Por ello, éste debería ser uno de los temas principales del diálogo en marcha entre civilizaciones y culturas. Si bien la mundialización incide cada vez más en todos los ámbitos de la vida contemporánea, es menester desplegar nuevos esfuerzos para asegurar una distribución más equitativa de sus beneficios entre los diferentes países, así como entre los diferentes grupos

dentro de las sociedades. Además, como dijo el Secretario General en su informe:

“Es también de importancia decisiva que la mundialización no refleje el triunfo o victoria de ninguna ideología o sistema cultural o económico sobre otro. De hecho, es importante que se preserve la diversidad cultural en la interacción dinámica entre culturas en el proceso de mundialización”. (A/56/523, párr.16)

La mundialización y la creciente dependencia recíproca entre las naciones nos obligan a buscar y a conformar una nueva visión de las relaciones internacionales basada en el espíritu de paz, respeto mutuo, diálogo y cooperación.

Teniendo esto presente, mi delegación se sumó a los patrocinadores del proyecto de resolución, que figura en el documento A/56/L.3, presentado con arreglo a este tema del programa, en virtud del cual se proclama un Programa mundial para el diálogo entre civilizaciones. Confiamos en que su aprobación unánime por la Asamblea General en este período de sesiones fortalezca aún más la comprensión y la solidaridad entre las naciones y se convierta, así, en una ocasión más para que los Estados Miembros hagan hincapié en su unidad en la lucha contra la intolerancia, los prejuicios y la violencia.

**Sr. Datsenko** (Ucrania) (*habla en inglés*): El año en curso, proclamado por la Asamblea General como el Año de las Naciones Unidas del Diálogo entre Civilizaciones y marcado por horribles actos de terrorismo, ha asumido una gran importancia simbólica, al hacer que los pueblos y las naciones del mundo comprendan mejor la urgente necesidad de desplegar esfuerzos internacionales concertados para fortalecer la paz y la seguridad internacionales en nuestro planeta, requisito fundamental para lograr el desarrollo sostenible en el mundo. Sobre la base de esa comprensión deberá galvanizarse el diálogo entre las diferentes civilizaciones y convertirse en un proceso sistemático de coordinación y consolidación de las actividades de las fuerzas amantes de la paz en el mundo.

Los trágicos acontecimientos del 11 de septiembre han demostrado con claridad cuán frágil y vulnerable es nuestro mundo de hoy. En estas nuevas circunstancias, la comunidad internacional debe demostrar su capacidad de adaptarse con urgencia y eficacia a los nuevos problemas y realidades del mundo cambiante. Será sumamente importante acometer de forma equili-

brada la solución de los problemas y los retos internacionales que han surgido en el nuevo milenio. Un enfoque así debe basarse en la necesidad de solucionar con eficacia los problemas mundiales de hoy y garantizar la preservación y el libre desarrollo de las tradiciones históricas de cada nación. De esta forma, será posible asegurar la coexistencia pacífica y armoniosa y promover conjuntamente el desarrollo de las diferentes naciones y culturas del mundo.

Por ello, hoy más que antes, el Diálogo entre Civilizaciones debe ser, no sólo una forma importante de comunicación general, sino también una fuerza mundial de motivación y un modo de vida, que promueva la comprensión mutua y procure alcanzar decisiones mutuamente aceptable en aras de un mayor desarrollo sostenible para la humanidad. Ello permitirá a la comunidad internacional enfrentar los problemas mundiales del subdesarrollo, la pobreza y las enfermedades y fenómenos tan horribles como la xenofobia, el racismo, el extremismo y el terrorismo.

En nuestra opinión, el Diálogo entre Civilizaciones debería propiciar un examen y una comprensión más profundos de los procesos mundiales. Eso nos permitiría crear mecanismos eficaces de cooperación entre las naciones y facilitaría la creación de un nuevo orden mundial y un nuevo tipo de civilización humana, que promoviera una cultura de tolerancia y respeto por la diversidad de religiones, culturas y tradiciones.

La diversidad de culturas y tradiciones tiene un valor especial para la humanidad. Es fuente de energía y catalizadora del desarrollo social de la comunidad internacional. Los principios del respeto por otros, la tolerancia y la cooperación constructiva y mutuamente beneficiosa entre las civilizaciones deberían ser la base de las relaciones internacionales, ya que, en esencia, nos guían los objetivos y los valores comunes, establecidos en la Carta de las Naciones Unidas.

La necesidad de diálogo es particularmente apremiante en el contexto del proceso actual de mundialización en rápido avance, que debe utilizarse para promover el desarrollo económico, espiritual y cultural de todos los países del mundo.

Es menester que en el fomento del diálogo mundial desempeñen un papel decisivo los mecanismos internacionales y, sobre todo, las Naciones Unidas y sus organismos especializados, en particular la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), habida cuenta de sus

competencias específicas en la esfera de la educación y la cultura.

Creemos que las Naciones Unidas cuentan con todos los medios para aunar los esfuerzos de la comunidad internacional a fin de estimular y consolidar el movimiento mundial en pro del Diálogo entre Civilizaciones y enfrentar los desafíos modernos.

Otros órganos internacionales y organizaciones regionales, así como asociaciones nacionales, partidos políticos, organizaciones públicas y religiosas, parlamentos y Gobiernos, personalidades políticas y públicas, científicos, intelectuales y organizaciones juveniles también deberían participar activamente en este movimiento.

Ello facilitará la creación de un clima mundial de confianza mutua y tolerancia, la dejación de los estereotipos obsoletos y la promoción, en esencia, de nuevos modelos de coexistencia, basados en valores y principios humanos éticos comunes. Esto alentará a los formuladores de política exterior a rechazar los conceptos y modelos ideológicos trasnochados. En consecuencia, ello fortalecerá la estabilidad, la paz y la seguridad mundiales y ayudará a construir un mundo sin divisiones.

Hoy día, el concepto de estabilidad y seguridad internacionales trasciende el ámbito militar. En gran medida, una diversidad de factores económicos, políticos, educativos, científicos, técnicos y culturales influye en ello. Por ende, es preciso abordar la definición de estabilidad y seguridad mundiales, de una forma nueva que tome en cuenta todos estos factores.

La experiencia de los últimos decenios ha demostrado convincentemente que el verdadero diálogo es imposible si no se tienen presentes las tradiciones culturales y religiosas de cada sociedad. Al mismo tiempo, hoy día el Diálogo entre Civilizaciones es imposible sin un diálogo dentro de las civilizaciones, de los Estados y de los grupos sociales.

Desde su independencia en 1991, Ucrania ha enfrentado con éxito el difícil desafío de establecer una coexistencia pacífica y armoniosa entre las numerosas minorías nacionales que viven dentro de un solo Estado unitario. El Gobierno de Ucrania ha logrado repatriar a las personas que habían sido deportadas anteriormente, en particular a los tártaros de Crimea, de los cuales más de 250.000 han regresado al país desde la independencia. Siempre hemos creído que el restablecimiento de la justicia histórica podría propiciar importantes cambios

sociales, lo que ayudaría a eliminar las tensiones raciales, religiosas, culturales y de otras índoles.

También se ha hecho hincapié en el diálogo activo entre las diferentes confesiones religiosas, que en nuestra opinión es parte importante del diálogo entre civilizaciones. En Ucrania hay más de 100 grupos religiosos diferentes. El diálogo entre ellos se celebra en el marco del Consejo Panucraniano de Iglesias y Organizaciones Religiosas, con miras a solucionar los problemas actuales y en ciernes mediante esfuerzos conjuntos de las asociaciones estatales y religiosas.

En este diálogo entre religiones, también nos apoyamos en las contribuciones de las organizaciones religiosas internacionales y sus dirigentes. La visita del Jefe de la Santa Sede, el Papa Juan Pablo II, a Ucrania, en junio, fue un vivo ejemplo de ello.

Para concluir, quisiera recalcar que Ucrania ha sido un partidario entusiasta de la resolución de la Asamblea General sobre el “Programa mundial para el diálogo entre civilizaciones”, cuya idea consiste en promover un tratamiento integrado de este tema en todo el sistema y lograr propuestas de medidas concretas, en particular por parte de los Gobierno y los órganos intergubernamentales. Esperamos que el próximo debate general imprima un impulso adicional a los futuros esfuerzos coordinados de la comunidad internacional para hacer del Diálogo un instrumento efectivo a fin de enfrentar los viejos y nuevos retos que la humanidad tiene ante sí.

*Se levanta la sesión a las 13.00 horas.*